

31ª conferencia.

La descomposición de la personalidad psíquica

(Ver nota(1))

Señoras y señores: Sé que en sus vínculos con personas o cosas ustedes advierten la significación del punto de partida. Le ocurrió también al psicoanálisis: en modo alguno fue indiferente para su ulterior desarrollo, ni para la acogida que tuvo, iniciar su trabajo por el síntoma, lo más ajeno al yo que se encuentre en el interior del alma. El síntoma proviene de lo reprimido, es por así decir su subrogado ante el yo; ahora bien, lo reprimido es para el yo tierra extranjera, una tierra extranjera interior, así como la realidad -permítanme la expresión insólita- es tierra extranjera exterior. Desde el síntoma, el sendero llevó a lo inconciente, a la vida pulsional, a la sexualidad, y fue la época en que el psicoanálisis tuvo que oír las agudas objeciones de que el ser humano no es mera criatura sexual, conoce también mociones más nobles y elevadas. Habríase podido agregar que empujándose en la conciencia de esas mociones superiores se arroga tantas veces la facultad de pensar dislates y descuidar hechos.

Ustedes tienen un mejor conocimiento; desde el comienzo mismo se sostuvo entre nosotros que el ser humano enferma a raíz del conflicto entre las exigencias de la vida pulsional y la resistencia que dentro de él se eleva contra ellas, y en ningún momento habíamos olvidado a esa instancia que resiste, rechaza, reprime, a la que imaginábamos dotada de sus fuerzas particulares, las pulsiones yoicas, y que coincidía justamente con el yo de la psicología popular. Sólo que en el arduo progresar del trabajo científico tampoco el psicoanálisis pudo estudiar todos los campos de manera simultánea ni pronunciarse de un solo aliento sobre todos los problemas. Al fin se hubo avanzado lo suficiente para apartar la atención de lo reprimido y dirigirla a lo represor; entonces nos enfrentamos a ese yo, que parecía ser tan evidente, con la expectativa cierta de hallar también ahí cosas para las cuales uno no podía estar preparado. Pero no fue fácil hallar un primer acceso. Sobre esto quiero informarles hoy.

Debo, sin embargo, formular mi conjetura de que esta exposición mía de la psicología del yo les producirá un efecto diverso que su antecesora, la introducción en el mundo psíquico subterráneo. No sé con certeza por qué habría de ser así. En primer lugar, hallarán, creo, que antes les informé sobre todo acerca de hechos, si bien ajenos y raros, mientras que esta vez escucharán principalmente concepciones, o sea especulaciones. Pero esto no da en el blanco; considerándolo mejor, debo afirmar que la parte del procesamiento conceptual del material de hechos no es mucho mayor en nuestra psicología del yo de lo que fue en la psicología de las neurosis. También me vi forzado a desestimar otros fundamentos posibles de mi expectativa; ahora creo que ello se debe de algún modo al carácter del material mismo y a nuestra falta de costumbre de tratar con él. Comoquiera que fuese, no me asombrará que se muestren ustedes en su juicio todavía más reservados y prudentes que hasta el momento.

La situación en que nos hallamos al comienzo de nuestra indagación debe enseñarnos por

sí misma el camino. Queremos tomar como asunto de ella al yo, a nuestro yo más propio. Pero, ¿es posible hacerlo? El yo es por cierto el sujeto más genuino: ¿cómo podría devenir objeto? Ahora bien, sin duda ello es posible. El yo puede tomarse a sí mismo por objeto, tratarse como a los otros objetos, observarse, criticarse, y Dios sabe cuántas otras cosas podrá emprender consigo mismo. Para ello, una parte del yo se contrapone al resto. El yo es entonces escindible, se escinde en el curso de muchas de sus funciones, al menos provisionalmente. Los fragmentos parcelados pueden reunificarse luego. Esto no es ninguna novedad, acaso no es sino una desacostumbrada insistencia en cosas consabidas. Por otra parte, estamos familiarizados con la concepción de que la patología, mediante sus aumentos y engrosamientos, puede llamarnos la atención sobre constelaciones normales que de otro modo se nos escaparían. Toda vez que nos muestra una ruptura o desgarradura, es posible que normalmente preexistiera una articulación. Si arrojamos un cristal al suelo se hace añicos, pero no caprichosamente, sino que se fragmenta siguiendo líneas de escisión cuyo deslinde, aunque invisible, estaba comandado ya por la estructura del cristal. Unas tales estructuras desgarradas y hechas añicos son también los enfermos mentales. Tampoco nosotros podemos denegarles algo del horror reverencial que los pueblos antiguos testimoniaban a los locos. Ellos se han extrañado de la realidad exterior, pero justamente por eso saben más de la realidad interior, psíquica, y pueden revelarnos muchas cosas que de otra manera nos resultarían inaccesibles. De un grupo de estos enfermos decimos que padecen el delirio de ser observados. Se nos quejan de que sin cesar, y hasta en su obrar más íntimo, son fastidiados por la observación de unos poderes desconocidos, aunque probablemente se trata de personas; y por vía alucinatoria oyen cómo esas personas anuncian los resultados de su observación: «Ahora va a decir eso, se viste para salir, etc.». Esa observación no es por cierto idéntica a una persecución, pero no está muy lejos de esta; presupone que se desconfía de ellos, que se espera sorprenderlos en acciones prohibidas por las que deben ser castigados. ¿Qué tal si estos locos tuvieran razón, si en todos nosotros estuviera presente dentro del yo una instancia así, que observa y amenaza con castigos, con la sola diferencia de que en ellos se habría separado más tajantemente del yo y desplazado de manera errónea a la realidad exterior?

No sé si a ustedes les pasa lo mismo que a mí. Después que bajo la fuerte impresión de este cuadro patológico hube concebido la idea de que la separación de una instancia observadora del resto del yo podía ser un rasgo regular dentro de la estructura del yo, esa idea no me abandonó más, y me vi empujado a investigar los otros caracteres y nexos de la instancia así separada. Enseguida se da el paso siguiente. Ya el contenido del delirio de observación sugiere que el observar no es sino una preparación del enjuiciar y castigar, y así colegimos que otra función de esa instancia tiene que ser lo que llamamos nuestra conciencia moral. No parece que dentro de nosotros haya algo que separemos de nuestro yo de manera tan regular y lo contraponamos a él tan fácilmente como lo hacemos con nuestra conciencia moral. Siento la inclinación de hacer algo que me promete un placer, pero lo omito con el fundamento de que mi conciencia moral no lo permite. O bien la hipertrófica expectativa de placer me movió a hacer algo contra lo cual elevó su veto la voz de la conciencia moral, y tras el acto ella me castiga con penosos reproches, me hace sentir el arrepentimiento por él. Podría decir simplemente que la instancia particular que empiezo a distinguir dentro del yo es la conciencia moral, pero es más prudente considerar autónoma esa instancia, una de cuyas funciones sería la conciencia moral y otra la observación de sí, indispensable como premisa de la actividad enjuiciadora de la conciencia moral. Y como cumple al reconocimiento de una existencia separada dar a la cosa un nombre propio, designaré en lo sucesivo «superyó» a esa instancia situada en el interior del

yo.

Ahora estoy preparado para que me pregunten irónicamente si nuestra psicología del yo se limita a tomar al pie de la letra abstracciones en uso y engrosarlas, mudarlas de conceptos en cosas, con lo cual no se ganaría mucho. Respondo que en la psicología del yo será difícil evitar lo consabido; se tratará más de concepciones y ordenamientos novedosos que de nuevos descubrimientos. Quédense por ahora con su crítica desvalorizadora, y esperen los próximos desarrollos. Los hechos de la patología proporcionan a nuestros empeños un cañamazo que en vano buscarían ustedes en la psicología popular. Prosigo, pues. No bien nos hemos familiarizado con la idea de un superyó así concebido, que goza de cierta autonomía, persigue sus propios propósitos y es independiente del yo en cuanto a su patrimonio energético, se nos impone un cuadro patológico que ilustra de manera patente la severidad, hasta la crueldad, de esa instancia, así como las mudanzas de su vínculo con el yo. Me refiero al estado de la melancolía(2) más precisamente del ataque melancólico, del cual ustedes sin duda habrán oído bastante aunque no sean psiquiatras. El rasgo más llamativo de esta enfermedad, acerca de cuya causación y mecanismo sabemos muy poco, es el modo en que el superyó -digan ustedes sólo para sí: la conciencia moral- trata al yo. Mientras que en sus períodos sanos el melancólico puede ser más o menos severo consigo mismo, como cualquier otra persona, en el ataque melancólico el superyó se vuelve hipersevero, insulta, denigra, maltrata al pobre yo, le hace esperar los más graves castigos, lo reprocha por acciones de un lejano pasado que en su tiempo se tomaron a la ligera, como si durante todo ese intervalo se hubiera dedicado a reunir acusaciones y sólo aguardara su actual fortalecimiento para presentarse con ellas y sobre esa base formular una condena. El superyó aplica el más severo patrón moral al yo que se le ha entregado inerte, y hasta subroga la exigencia de la moralidad en general; así, aprehendemos con una mirada que nuestro sentimiento de culpa moral expresa la tensión entre el yo y el superyó. Es una experiencia muy asombrosa ver como un fenómeno periódico [en dichos pacientes] a esa moralidad que supuestamente nos ha sido otorgada e implantada tan hondo por Dios. En efecto, trascurrido cierto número de meses el alboroto moral pasa, la crítica del superyó calla, el yo es rehabilitado y vuelve a gozar de todos los derechos humanos hasta ¿! próximo ataque. Y aun en muchas formas de la enfermedad se produce en los períodos intermedios algo contrario; el yo se encuentra en un estado de embriaguez beatífica, triunfa como si el superyó hubiera perdido toda fuerza o hubiera confluído con el yo, y este yo liberado, maníaco, se permite de hecho, desinhibidamente, la satisfacción de todas sus concupiscencias. He ahí unos procesos que rebosan de enigmas irresueltos.

Esperarán ustedes, por cierto, algo más que una mera ilustración si les anuncio que hemos aprendido muchas cosas acerca de la formación del superyó, o sea, sobre la génesis de la conciencia moral. Apoyándose en una famosa sentencia de Kant, que pone en relación la conciencia moral en nosotros con el cielo estrellado (ver nota(3)), una persona piadosa muy bien podría sentir la tentación de venerar a ambos como las piezas maestras de la Creación. Las estrellas son sin duda algo grandioso, pero por lo que atañe a la conciencia moral, Dios ha realizado un trabajo desigual y negligente, pues una gran mayoría de los seres humanos no la han recibido sino en escasa medida, o no en la suficiente para que valga la pena hablar de ella. En modo alguno desconocemos la parte de verdad psicológica contenida en la afirmación de que la conciencia moral es de origen divino, pero la tesis requiere interpretación. Si la conciencia moral es sin duda algo «en nosotros», no lo es desde el comienzo. Es en esto un opuesto de la vida sexual, que efectivamente está ahí desde el comienzo de la vida y no viene a agregarse sólo más tarde. Pero el niño pequeño

es notoriamente amoral, no posee inhibiciones internas contra sus impulsos que quieren alcanzar placer. El papel que luego adopta el superyó es desempeñado primero por un poder externo, la autoridad parental. El influjo de los progenitores rige al niño otorgándole pruebas de amor y amenazándolo con castigos que atestiguan la pérdida de ese amor y no pueden menos que temerse por sí mismos. Esta angustia realista es la precursora de la posterior angustia moral(4); mientras gobierna, no hace falta hablar de superyó ni de conciencia moral. Sólo más tarde se forma la situación secundaria que estamos demasiado inclinados a considerar la normal: en el lugar de la instancia parental aparece el superyó que ahora observa al yo, lo guía y lo amenaza, exactamente como antes lo hicieron los padres con el niño.

Ahora bien, el superyó, que de ese modo toma sobre sí el poder, la operación y hasta los métodos de la instancia parental, no es sólo el sucesor de ella, sino de hecho su legítimo heredero. Proviene de ella en línea directa; pronto averiguaremos mediante qué proceso. Pero antes debemos considerar una discordancia entre ambos. El superyó, en una elección unilateral, parece haber tomado sólo el rigor y la severidad de los padres, su función prohibidora y punitiva, en tanto que su amorosa tutela no encuentra recepción ni continuación algunas. Si los padres ejercieron de hecho un severo gobierno, creemos lógico hallar que también en el niño se ha desarrollado un superyó severo, pero la experiencia enseña, contra nuestra expectativa, que el superyó puede adquirir ese mismo carácter de rigor despiadado aunque la educación fuera indulgente y benévola, y evitara en lo posible amenazas y castigos. Volveremos sobre esta contradicción más adelante, cuando tratemos acerca de las trasposiciones pulsionales en la formación del superyó.

En cuanto a la trasmudación del vínculo parental en el superyó no puedo decirles tanto como me gustaría, en parte porque ese proceso es tan enmarañado que su exposición no cabe en los marcos de una introducción como esta que pretendo ofrecerles, y en parte porque nosotros mismos no creemos haberlo penetrado por completo. Confórmense entonces con las siguientes indicaciones. La base de este proceso es lo que se llama una «identificación», o sea una asimilación de un yo a un yo ajeno, a consecuencia de la cual ese primer yo se comporta en ciertos aspectos como el otro, lo imita, por así decir lo acoge dentro de sí. Se ha comparado la identificación, y no es desatino, con la incorporación oral, canibállica, de la persona ajena. La identificación es una forma muy importante de la ligazón con el prójimo, probablemente la más originaria; no es lo mismo que una elección de objeto. Podemos expresar la diferencia más o menos así: cuando el varoncito se ha identificado con el padre, quiere *ser* como el padre; cuando lo ha hecho objeto de su elección, quiere *tenerlo*, poseerlo. En el primer caso su yo se alterará siguiendo el arquetipo del padre; en el segundo, ello no es necesario. Identificación y elección de objeto son en vasta medida independientes entre sí; empero, uno puede identificarse con la misma persona a quien se tomó, por ejemplo, como objeto sexual, alterar su yo de acuerdo con ella. Suele decirse que el influjo del objeto sexual sobre el yo se produce con particular frecuencia en las mujeres y es característico de la feminidad. En cuanto al que es con mucho el más instructivo de los nexos entre identificación y elección de objeto, ya tengo que haberles hablado en las anteriores conferencias. Es que se lo observa con harta facilidad así en niños como en adultos, en personas normales como en enfermas. Si uno ha perdido un objeto o se ve precisado a resignarlo, es muy común que uno se resarza identificándose con él, erigiéndolo de nuevo dentro de su yo, de suerte que aquí la elección de objeto regresa, por así decir, a la identificación (ver nota(5)).

Ni yo mismo estoy del todo satisfecho con estas puntualizaciones acerca de la identificación, pero basta con que les parezca posible concederme que la institución del superyó se describa como un caso logrado de identificación con la instancia parental. Ahora bien, el hecho decisivo en favor de esta concepción es que esa creación nueva de una instancia superior dentro del yo se enlaza de la manera más íntima con el destino del complejo de Edipo, de modo que el superyó aparece como el heredero de esta ligazón de sentimientos tan sustantiva para la infancia. Lo comprendemos: con la liquidación {*Auflösen*} del complejo de Edipo el niño se vio precisado a renunciar también a las intensas investiduras de objeto que había depositado en los progenitores, y como resarcimiento por esta pérdida de objeto se refuerzan muchísimo dentro de su yo las identificaciones con los progenitores que, probablemente, estuvieron presentes desde mucho tiempo atrás. Tales identificaciones, en su condición de precipitados de investiduras de objeto resignadas, se repetirán luego con mucha frecuencia en la vida del niño; pero responde por entero al valor de sentimiento de ese primer caso de una tal trasposición que su resultado llegue a ocupar una posición especial dentro del yo. Una indagación más honda nos enseña también que el superyó resulta mutilado en su fuerza y configuración cuando el complejo de Edipo se ha superado sólo de manera imperfecta.

En el curso del desarrollo, el superyó cobra, además, los influjos de aquellas personas que han pasado a ocupar el lugar de los padres, vale decir, educadores, maestros, arquetipos ideales. Lo normal es que se distancie cada vez más de los individuos parentales originarios, que se vuelva por así decir más y más impersonal. No olvidemos tampoco que el niño aprecia a sus padres de manera diferente en diversos períodos de su vida. En la época en que el complejo de Edipo deja el sitio al superyó, ellos son algo enteramente grandioso; más tarde menguan mucho. También con estos padres posteriores se producen después identificaciones, pero lo común es que ellas brinden importantes contribuciones a la formación del carácter; en tal caso, afectan sólo al yo, y no influyen más sobre el superyó, que ha sido comandado por las primerísimas imagos parentales (ver nota(6)).

Espero ya tengan la impresión de que nuestra postulación del superyó describe real y efectivamente una constelación estructural, y no se limita a personificar una abstracción como la de la conciencia moral. Mencionaremos todavía una importante función que adjudicamos a ese superyó. Es también el portador del ideal del yo con el que el yo se mide, al que aspira a alcanzar y cuya exigencia de una perfección cada vez más vasta se empeña en cumplir. No hay duda de que ese ideal del yo es el precipitado de la vieja representación de los progenitores, expresa la admiración por aquella perfección que el niño les atribuía en ese tiempo (ver nota(7)).

Sé que han oído hablar mucho del sentimiento de inferioridad que distinguiría justamente a los neuróticos. Se hace bulla con él sobre todo en las llamadas «bellas letras». Un escritor que usa el término «complejo de inferioridad» cree haber satisfecho todos los requerimientos del psicoanálisis y elevado su exposición a un nivel psicológico superior. En realidad, la artificiosa expresión «complejo de inferioridad» apenas si se usa en el psicoanálisis. Para nosotros no significa algo simple, y menos aún algo elemental. Reconducirla a la autopercepción de cualesquiera mutilaciones de órgano, como gusta hacerlo la escuela de la llamada «psicología individual», nos parece un miope error (ver nota(8)). El sentimiento de inferioridad tiene fuertes raíces eróticas. El niño se siente inferior cuando nota que no es amado, y lo mismo le sucede al adulto. El único órgano considerado de hecho inferior es el pene atrofiado, el clítoris de la niña (ver nota(9)). Pero lo principal del

sentimiento de inferioridad proviene del vínculo del yo con su superyó y, lo mismo que el sentimiento de culpa, expresa la tensión entre ambos. En general, es difícil distinguir entre sentimiento de inferioridad y sentimiento de culpa, Acaso se haría bien en ver en el primero el complemento erótico del sentimiento de inferioridad moral. En el psicoanálisis hemos prestado poca atención a este problema de deslinde conceptual.

Justamente por la gran popularidad que ha alcanzado el complejo de inferioridad me permito entretenerlos aquí con una breve digresión. Una personalidad histórica de nuestro tiempo, que aún vive, pero en la actualidad se ha retirado a un segundo plano, conserva cierta atrofia en un miembro por una lesión que sufrió durante su nacimiento. Un escritor muy famoso de nuestros días, que se ha consagrado a las biografías de personas sobresalientes, trató también la vida de este hombre que acabo de mencionar(10). Ahora bien, parece sin duda difícil sofocar la necesidad de ahondamiento psicológico cuando se escribe una biografía. Por eso nuestro autor se aventuró a edificar todo el desarrollo de carácter de su héroe sobre el sentimiento de inferioridad que su defecto físico no habría podido menos que provocarle. Al hacerlo pasó por alto un hecho pequeño, pero no carente de importancia. Lo común es que la madre a quien el destino ha deparado un hijo enfermo o con alguna otra tacha busque resarcirlo de esa injusta desventaja mediante un exceso de amor. En el caso en cuestión la orgullosa madre se comportó de otro modo: privó de su amor al hijo debido a su deformidad. Cuando el niño se convirtió en un hombre de gran poder, probó de manera inequívoca con sus acciones que nunca había perdonado a su madre. Si ustedes se percatan del valor del amor materno para la vida anímica del niño, corregirán sin duda mentalmente la teoría de la inferioridad, sustentada por el biógrafo.

Volvamos al superyó. Le hemos adjudicado la observación de sí, la conciencia moral y la función de ideal. De nuestras puntualizaciones sobre su génesis se desprende que tiene por premisas un hecho biológico de importancia sin igual y un hecho psicológico ineluctable: la prolongada dependencia de la criatura humana de sus progenitores, y el complejo de Edipo; a su vez, ambos hechos se enlazan estrechamente entre sí. El superyó es para nosotros la subrogación de todas las limitaciones morales, el abogado del afán de perfección; en suma, lo que se nos ha vuelto psicológicamente palpable de lo que se llama lo superior en la vida humana. Como él mismo se remonta al influjo de los padres, educadores y similares, averiguaremos algo más todavía acerca de su significado si nos volvemos a estas fuentes suyas. Por regla general, los padres y las autoridades análogas a ellos obedecen en la educación del niño a los preceptos de su propio superyó. No importa cómo se haya arreglado en ellos su yo con su superyó; en la educación del niño se muestran rigurosos y exigentes. Han olvidado las dificultades de su propia infancia, están contentos de poder identificarse ahora plenamente con sus propios padres, que en su tiempo les impusieron a ellos mismos esas gravosas limitaciones. Así, el superyó del niño no se edifica en verdad según el modelo de sus progenitores, sino según el superyó de ellos; se llena con el mismo contenido, deviene portador de la tradición, de todas las valoraciones perdurables que se han reproducido por este camino a lo largo de las generaciones. Entrevén ustedes qué importante ayuda para comprender la conducta social de los seres humanos (p. ej., la de la juventud desamparada), y acaso indicaciones prácticas para la educación, se obtienen de la consideración del superyó. Es probable que las concepciones de la historia llamadas materialistas pequen por subestimar este factor. Lo despachan señalando que las «ideologías» de los hombres no son más que un resultado y una superestructura de sus relaciones económicas actuales. Eso es verdad, pero muy probablemente no sea toda la verdad. La humanidad nunca vive por completo en

el presente; en las ideologías del superyó perviven el pasado, la tradición de la raza y del pueblo, que sólo poco a poco ceden a los influjos del presente, a los nuevos cambios; y en tanto ese pasado opera a través del superyó, desempeña en la vida humana un papel poderoso, independiente de las relaciones económicas.

En 1921 intenté aplicar la diferenciación entre yo y superyó al estudio de la psicología de las masas. Llegué a una fórmula como esta: Una masa psicológica es una reunión de individuos que han introducido en su superyó la misma persona y se han identificado entre sí en su yo sobre la base de esa relación de comunidad (ver nota(11)). Desde luego, esa fórmula es válida solamente para masas que tienen un conductor. Si poseyéramos más aplicaciones de esta clase, el supuesto del superyó perdería para nosotros su último resto de extrañeza y nos emanciparíamos por completo de la estrechez que nos aqueja todavía cuando, habituados a la atmósfera del mundo subterráneo, nos movemos en los estratos más superficiales, superiores, del aparato anímico. Desde luego, no creemos que con la separación del superyó hayamos dicho la última palabra sobre la psicología del yo. Es más bien un comienzo, pero en este caso no es sólo el comienzo el que cuesta.

Ahora nos aguarda otra tarea, por así decir en el extremo contrapuesto del yo. La suscita una observación realizada en el curso del trabajo analítico, una observación que en verdad es muy antigua. Como ya ha ocurrido tantas veces, debió pasar mucho tiempo hasta que uno se decidiera a apreciar su valor. Ustedes saben que en realidad toda la teoría psicoanalítica está edificada sobre la percepción de la resistencia que nos ofrece el paciente cuando intentamos hacerle conciente su inconciente. El signo objetivo de la resistencia es que sus ocurrencias se le deniegan o se distancian mucho del tema tratado. El mismo puede discernir la resistencia también subjetivamente si registra sensaciones penosas cuando se aproxima al tema. Pero este último signo puede faltar. Entonces decimos al paciente que, según inferimos de su conducta, se encuentra ahora en estado de resistencia, y él responde que no sabe nada de ella, sólo nota la traba de las ocurrencias. Se demuestra que nosotros teníamos razón, pero, entonces, su resistencia era también inconciente, tan inconciente como lo reprimido en cuyo levantamiento trabajamos. Hace tiempo que se habría debido plantear esta pregunta: ¿De qué parte de su vida anímica procede esa resistencia inconciente? El principiante en el psicoanálisis responderá con ligereza: es justamente la resistencia de lo inconciente. ¡Respuesta ambigua e inutilizable! Si lo que se quiere indicar es que procede de lo reprimido, tenemos que decir: sin duda que no. A lo reprimido tenemos que atribuirle más bien una intensa pulsión aflorante, un esfuerzo por penetrar en la conciencia. La resistencia sólo puede ser una exteriorización del yo que en su tiempo llevó a cabo la represión y ahora quiere mantenerla. Desde siempre lo hemos concebido así. Puesto que suponemos en el yo una instancia particular que subroga los reclamos de limitación y rechazo, el superyó, podemos afirmar que la represión es la obra de ese superyó, él mismo la lleva a cabo, o lo hace por encargo suyo el yo que le obedece. Entonces, si se da el caso de que en el análisis al paciente no le deviene conciente la resistencia, ello significa o bien que el superyó y el yo pueden trabajar de manera inconciente en situaciones importantísimas, o bien -lo cual sería aún más sustantivo- que sectores de ambos, del yo y el superyó mismos, son inconcientes. Pero en cualquiera de esos dos casos tenemos que darnos por enterados de la desagradable intelección de que (super) yo y conciente, por un lado, y reprimido e inconciente, por el otro, en manera alguna coinciden.

Señoras y señores: Siento la necesidad de tomar aliento, de hacer una pausa que también

ustedes considerarán bienvenida, y disculparme antes de proseguir. Quiero proporcionarles complementos de una introducción al psicoanálisis que inicié hace más de quince años, y tengo que comportarme como si en ese intervalo ustedes tampoco hubieran cultivado otra cosa que psicoanálisis. Sé que es una presunción inaudita, pero me encuentro inerme, no puedo obrar de otro modo. Sin duda se debe a la grandísima dificultad de proporcionar una visión del psicoanálisis a quien no es psicoanalista. Créanme que no nos gusta aparecer como vinos sectarios que cultiváramos una ciencia secreta. No obstante, debimos advertir y proclamar como una convicción nuestra que nadie tiene el derecho a pronunciarse sobre el psicoanálisis si no ha adquirido determinadas experiencias que sólo pueden conseguirse sometiéndose uno mismo a un análisis. Cuando quince años atrás les dicté mis conferencias, procuré ahorrarles ciertos fragmentos especulativos de nuestras teorías, pero justamente a ellos se anudan las adquisiciones nuevas de que debo hablarles hoy.

Regreso al tema. En la duda sobre si el yo y el superyó mismos pueden ser inconcientes o sólo despliegan efectos inconcientes, tenemos buenas razones para decidimos en favor de la primera posibilidad. Sí; grandes sectores del yo y del superyó pueden permanecer inconcientes, son normalmente inconcientes. Esto significa que la persona no sabe nada de sus contenidos y le hace falta cierto gasto de labor para hacerlos concientes. Es correcto que no coinciden yo y conciente, por un lado, y reprimido e inconciente, por el otro. Sentimos la necesidad de revisar radicalmente nuestra actitud frente al problema de conciente-ínconciente. Nuestra primera inclinación es depreciar en mucho el valor del criterio de la condición de conciente, puesto que ha demostrado ser muy poco confiable. Pero nos equivocáramos. Ocurre como con nuestra vida; no vale mucho, pero es todo lo que tenemos. Sin la antorcha de la cualidad «conciencia» nos perderíamos en la oscuridad de la psicología de lo profundo; pero tenemos derecho a ensayar una nueva orientación.

No nos hace falta elucidar lo que debe llamarse conciente, pues está a salvo de cualquier duda. El más antiguo y mejor significado de la palabra «inconciente» es el descriptivo; llamamos inconciente a un proceso psíquico cuya existencia nos vemos precisados a suponer, acaso porque lo deducimos a partir de sus efectos, y del cual, empero, no sabemos nada. Por tanto, nos referimos a él del mismo modo que si se tratara de un proceso psíquico de otro ser humano, salvo que es nuestro. Si queremos expresarnos de manera más correcta aún, modificaremos así el enunciado: llamamos inconciente a un proceso cuando nos vemos precisados a suponer que está activado por *el momento*, aunque por *el momento* no sepamos nada de él. Esta limitación nos lleva a pensar que la mayoría de los procesos concientes lo son sólo por breve lapso; pronto devienen *latentes*, pero pueden con facilidad devenir de nuevo concientes. También podríamos decir que devinieron inconcientes, siempre que estuviéramos seguros de que en el estado de latencia siguen siendo todavía algo psíquico. Hasta este punto no habríamos averiguado nada nuevo, y ni siquiera adquirido el derecho de introducir en la psicología el concepto de un inconciente. Pero entonces se suma la nueva experiencia que podemos hacer ya en las operaciones fallidas. Por ejemplo, para explicar un desliz en el habla nos vemos obligados a suponer que en la persona en cuestión se había formado un propósito determinado de decir algo. Lo colegimos con certeza a partir de la perturbación sobrevenida en el dicho, pero ese propósito no se había impuesto; por tanto, era inconciente. Si con posterioridad se lo presentamos al hablante, puede reconocerlo como uno que le es familiar, en cuyo caso fue inconciente sólo de manera temporaria; o puede desmentirlo como algo ajeno a él, en cuyo caso era inconciente de manera duradera (ver nota(12)). De esa experiencia extraemos en sentido retrocedente el derecho de declarar inconciente también lo designado como latente.

Y si ahora tomamos en cuenta estas constelaciones dinámicas, podemos distinguir dos clases de inconciente: una que con facilidad, en condiciones que se producen a menudo, se trasmuta en consciente, y otra en que esta trasposición es difícil, se produce sólo mediante un gasto considerable de labor, y aun es posible que no ocurra nunca. Para evitar la ambigüedad de saber si nos referimos a uno u otro inconciente, si usamos la palabra en el sentido descriptivo o en el dinámico, recurrimos a un expediente simple, permitido. Llamamos «preconciente» a lo inconciente que es sólo latente y deviene consciente con tanta facilidad, y reservamos la designación «inconciente» para lo otro. Ahora tenemos tres términos: consciente, preconciente e inconciente, con los cuales podemos desempeñarnos en la descripción de los fenómenos anímicos, Repitémoslo: desde el punto de vista puramente descriptivo, también lo preconciente es inconciente, pero no lo designamos así excepto en una exposición laxa o cuando nos proponemos defender la existencia misma de procesos inconcientes en la vida anímica.

Espero me concederán que hasta aquí nada de eso es enojoso, y permite un cómodo manejo. Así es; pero, por desdicha, el trabajo psicoanalítico se ha visto esforzado a emplear la palabra «inconciente» aún en un tercer sentido, y es muy probable que esto haya suscitado confusión. Bajo la nueva y poderosa impresión de que un vasto e importante campo de la vida anímica se sustrae normalmente del conocimiento del yo, de suerte que los procesos que ahí ocurren tienen que reconocerse como inconcientes en el genuino sentido dinámico, hemos entendido el término «inconciente» también en un sentido tópico o sistemático, hablado de un sistema de lo preconciente y de lo inconciente, de un conflicto del yo con el sistema lce, y dejado que la palabra cobrara cada vez más el significado de una provincia anímica, antes que el de una cualidad de lo anímico. El descubrimiento, en verdad incómodo, de que también sectores del yo y del superyó son inconcientes en el sentido dinámico produce aquí como un alivio, nos permite remover una complicación. Vemos que no tenemos ningún derecho a llamar «sistema lcc» al ámbito anímico ajeno al yo, pues la condición de inconciente no es un carácter exclusivamente suyo. Entonces, ya no usaremos más «inconciente» en el sentido sistemático y daremos un nombre mejor, libre de malentendidos, a lo que hasta ahora designábamos así. Apuntalándonos en el uso idiomático de Nietzsche, y siguiendo una incitación de Georg Groddeck [1923](13), en lo sucesivo lo llamaremos «el ello». Este pronombre impersonal parece particularmente adecuado para expresar el principal carácter de esta provincia anímica, su ajenidad respecto del yo. Superyó, yo y ello son ahora los tres reinos, ámbitos, provincias, en que descomponemos el aparato anímico de la persona, y de cuyas relaciones recíprocas nos ocuparemos en lo que sigue.(14)

Antes de hacerlo, sólo una breve intercalación. Estarán ustedes descontentos por el hecho de que las tres cualidades de la condición de consciente, y las tres provincias del aparato anímico, no se hayan reunido en tres pacíficas parejas; sin duda verán en ello algo así como un deslucimiento de nuestros resultados. Pero yo opino que no deberíamos lamentarlo, sino decirnos que no poseíamos ningún derecho a esperar un ordenamiento tan terso. Permítanme ofrecerles una comparación; es verdad que las comparaciones no demuestran nada, pero pueden hacer que uno se sienta más en su casa. Imagino un país con una variada configuración de su suelo: montes, llanuras y lagos, y con una población mixta, pues en él moran alemanes, magiares y eslovacos, que además desarrollan actividades diversas. Entonces las cosas podrían distribuirse así: en la montaña viven los alemanes, criadores de ganado; en tierra llana, los magiares, que cultivan cereales y viñas; y en los lagos, los eslovacos pescan y trenzan junco. Si esta distribución fuera tersa y no

contaminada, regocijaría a un Wilson(15); también sería muy cómoda para dictar las clases de geografía. Empero, lo probable es que si ustedes recorren la comarca hallen menos orden y más contaminación. Alemanes, magiares y eslovacos viven entreverados por doquier, en la montaña hay también agricultores y en la llanura se cría ganado. Desde luego, algo será como ustedes lo esperaban, pues en el monte no se puede pescar y en el agua no crece la vid. Sin duda, la imagen que tenían de la comarca puede ser la correcta a grandes rasgos; en el detalle, tendrán que admitir divergencias.

No esperen que, acerca del ello, vaya a comunicarles mucho de nuevo excepto el nombre. Es la parte oscura, inaccesible, de nuestra personalidad; lo poco que sabemos de ella lo hemos averiguado mediante el estudio del trabajo del sueño y de la formación de síntomas neuróticos, y lo mejor tiene carácter negativo, sólo se puede describir por oposición respecto del yo. Nos aproximamos al ello con comparaciones, lo llamamos un caos, una caldera llena de excitaciones borboteantes. Imaginamos que en su extremo está abierto hacia lo somático, ahí acoge dentro de sí las necesidades pulsionales que en él hallan su expresión psíquica(16), pero no podemos decir en qué sustrato. Desde las pulsiones se llena con energía, pero no tiene ninguna organización, no concentra una voluntad global, sólo el afán de procurar satisfacción a las necesidades pulsionales con observancia del principio de placer. Las leyes del pensamiento, sobre todo el principio de contradicción, no rigen para los procesos del ello. Mociones opuestas coexisten unas junto a las otras sin cancelarse entre sí ni debitarse; a lo sumo entran en formaciones de compromiso bajo la compulsión económica dominante a la descarga de energía. En el ello no hay nada que pueda equipararse a la negación *{Negation}*, y aun se percibe con sorpresa la excepción al enunciado del filósofo según el cual espacio y tiempo son formas necesarias de nuestros actos anímicos (ver nota(17)). Dentro del ello no se encuentra nada que corresponda a la representación del tiempo, ningún reconocimiento de un decurso temporal y -lo que es asombroso en grado sumo y aguarda ser apreciado por el pensamiento filosófico- ninguna alteración del proceso anímico por el trascurso del tiempo (ver nota(18)). Mociones de deseo que nunca han salido del ello, pero también impresiones que fueron hundidas en el ello por vía de represión, son virtualmente inmortales, se comportan durante décadas como si fueran acontecimientos nuevos. Sólo es posible discernirlas como pasado, desvalorizarlas y quitarles su investidura energética cuando han devenido concientes por medio del trabajo analítico, y en eso estriba, no en escasa medida, el efecto terapéutico del tratamiento analítico.

Sigo teniendo la impresión de que hemos sacado muy poco partido para nuestra teoría analítica de ese hecho, comprobado fuera de toda duda, de que el tiempo no altera lo reprimido. Y, en verdad, parece abrírsenos ahí un acceso hacia las intelecciones más profundas. Por desgracia, tampoco yo he avanzado gran cosa en esa dirección.

Desde luego, el ello no conoce valoraciones, ni el bien ni el mal, ni moral alguna. El factor económico o, si ustedes quieren, cuantitativo, íntimamente enlazado con el principio de placer, gobierna todos los procesos. Investiduras pulsionales que piden descarga: creemos que eso es todo en el ello. Parece, es verdad, que la energía de esas mociones pulsionales se encuentra en otro estado que en los demás distritos anímicos, es movable y susceptible de descarga con ligereza mucho mayor (ver nota(19)), pues de lo contrario no se producirían esos desplazamientos y condensaciones que son característicos del ello y prescinden tan completamente de la cualidad de lo investido -en el yo lo llamaríamos una representación- ¡Qué daríamos por comprender mejor estas cosas! Además, ven ustedes

que estamos en condiciones de indicar para el ello otras propiedades y no sólo la de ser inconciente, y disciernen la posibilidad de que partes del yo y del superyó sean inconcientes sin poseer los mismos caracteres primitivos e irracionales (ver nota(20)).

El mejor modo de obtener una caracterización del yo como tal, en la medida en que se puede separarlo del ello y del superyó, es considerar su nexa con la más externa pieza de superficie del aparato anímico, que designamos como el sistema P-Cc {percepción-conciencia}. Este sistema está volcado al mundo exterior, medía las percepciones de este, y en el curso de su función nace dentro de él el fenómeno de la conciencia. Es el órgano sensorial de todo el aparato, receptivo además no sólo para excitaciones que vienen de afuera, sino para las que provienen del interior de la vida anímica. Apenas si necesita ser justificada la concepción según la cual el yo es aquella parte del ello que fue modificada por la proximidad y el influjo del mundo exterior, instituida para la recepción de estímulos y la protección frente a estos, comparable al estrato cortical con que se rodea una ampollita de sustancia viva. El vínculo con el mundo exterior se ha vuelto decisivo para el yo; ha tomado sobre sí la tarea de subrogarlo ante el ello y por la salud del ello, que, en su ciego afán de satisfacción pulsional sin consideración alguna por ese poder externo violentísimo, no escaparía al aniquilamiento. Para cumplir esta función, el yo tiene que observar el mundo exterior, precipitar una fiel copia de este en las huellas mnémicas de sus percepciones, apartar mediante la actividad del examen de realidad lo que las fuentes de excitación interior han añadido a ese cuadro del mundo exterior. Por encargo del ello, el yo gobierna los accesos a la motilidad, pero ha interpolado entre la necesidad y la acción el aplazamiento del trabajo de pensamiento, en cuyo trascurso recurre a los restos mnémicos de la experiencia. Así ha destronado al principio de placer, que gobierna de manera irrestricta el decurso de los procesos en el ello, sustituyéndolo por el principio de realidad, que promete más seguridad y mayor éxito.

También el vínculo con el tiempo, tan difícil de describir, es proporcionado al yo por el sistema percepción; apenas es dudoso que el modo de trabajo de este sistema da origen a la representación del tiempo (ver nota(21)). Ahora bien, lo que singulariza muy particularmente al yo, a diferencia del ello, es una tendencia a la síntesis de sus contenidos, a la reunión y unificación de sus procesos anímicos, que al ello le falta por completo. Cuando en lo que sigue tratemos sobre las pulsiones en la vida anímica, cabe esperar que lograremos reconducir a sus fuentes este carácter esencial del yo (ver nota(22)). Por sí solo produce aquel alto grado de organización que necesita el yo para sus mejores operaciones. El yo se desarrolla desde la percepción de las pulsiones hasta su gobierno, pero este último sólo se alcanza por el hecho de que la agencia representante de pulsión es subordinada a una unión mayor, acogida dentro de un nexa. Ajustándonos a giros populares, podríamos decir que el yo subroga en la vida anímica a la razón y la prudencia, mientras que el ello subroga a las pasiones desenfrenadas.

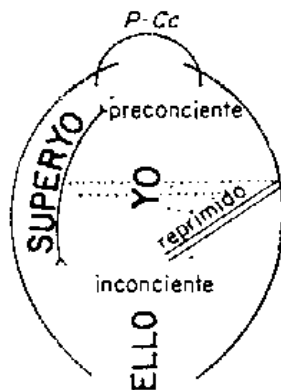
Hasta ahora nos hemos dejado impresionar por el recuento de las excelencias y aptitudes del yo; es tiempo de considerar el reverso de la medalla. En efecto, el yo es sólo un fragmento del ello, un fragmento alterado de manera acorde al fin por la proximidad del mundo exterior amenazante. En el aspecto dinámico es endeble, ha tomado prestadas del ello sus energías, y alguna intelección tenemos sobre los métodos -podría decirse: las tretas- por medio de los cuales sustrae al ello ulteriores montos de energía. Sin duda que una de esas vías es, por ejemplo, la identificación con objetos conservados o resignados. Las investiduras de objeto parten de las exigencias pulsionales del ello. El yo al comienzo

se ve precisado a registrarlas. Pero, identificándose con el objeto, se recomienda al ello en remplazo del objeto, quiere guiar hacia sí la libido del ello. Ya hemos averiguado que en el curso de la vida el yo acoge dentro de sí gran número de tales precipitados de antiguas investiduras de objeto. En el conjunto, el yo se ve obligado a realizar los propósitos del ello, y cumple su tarea cuando descubre las circunstancias bajo las cuales esos propósitos pueden alcanzarse lo mejor posible. Podría compararse la relación entre el yo y el ello con la que media entre el jinete y su caballo. El caballo produce la energía para la locomoción, el jinete tiene el privilegio de comandar la meta, de guiar el movimiento del fuerte animal. Pero entre el yo y el ello se da con harta frecuencia el caso no ideal de que el jinete se vea precisado a conducir a su rocín adonde este mismo quiere ir.

El yo se ha divorciado de una parte del ello mediante resistencias de represión {de desalajo}. Pero la represión no se continúa en el interior del ello. Lo reprimido confluye con el resto del ello.

Un refrán nos previene que no se debe servir a dos amos al mismo tiempo. El pobre yo lo pasa todavía peor: sirve a tres severos amos, se empeña en armonizar sus exigencias y reclamos. Estas exigencias son siempre divergentes, y a menudo parecen incompatibles; no es raro entonces que el yo fracase tan a menudo en su tarea. Esos tres déspotas son el mundo exterior, el superyó y el ello. Si uno sigue los empeños del yo por darles razón al mismo tiempo -mejor dicho, por obedecerles al mismo tiempo-, no puede arrepentirse de haber personificado a ese yo, de haberlo postulado como un ser particular. Se siente apretado desde tres lados, amenazado por tres clases de peligros, frente a los cuales en caso de aprieto reacciona con un desarrollo de angustia. Por su origen en las experiencias del sistema percepción está destinado a subrogar los reclamos del mundo exterior, pero también quiere ser el fiel servidor del ello, mantenerse avenido con el ello, recomendársele como objeto, atraer sobre sí su libido. En sus afanes por mediar entre el ello y la realidad se ve obligado con frecuencia a disfrazar los mandamientos icc del ello con sus racionalizaciones prcc, a encubrir los conflictos del ello con la realidad, a simular con insinceridad diplomática una consideración por la realidad aunque el ello haya permanecido rígido e inflexible. Por otra parte, el riguroso superyó observa cada uno de sus pasos, le presenta determinadas normas de conducta sin atender a las dificultades que pueda encontrar de parte del ello y del mundo exterior, y en caso de inobservancia lo castiga con los sentimientos de tensión de la inferioridad y de la conciencia de culpa. Así, pulsionado por el ello, apretado por el superyó, repelido por la realidad, el yo pugna por dominar su tarea económica, por establecer la armonía entre las fuerzas e influjos que actúan dentro de él y sobre él, y comprendemos por qué tantas veces resulta imposible sofocar la exclamación: «¡La vida no es fácil!». Cuando el yo se ve obligado a confesar su endeblez, estalla en angustia, angustia realista ante el mundo exterior, angustia de la conciencia moral ante el superyó, angustia neurótica ante la intensidad de las pasiones en el interior del ello.

Quisiera figurar en un gráfico modesto las constelaciones estructurales de la personalidad anímica, que he desarrollado ante ustedes; helo aquí:



Aquí ven ustedes que el superyó se sumerge en el ello; en efecto, como heredero del complejo de Edipo mantiene íntimos nexos con él; está más alejado que el yo del sistema percepción (ver nota(23)). El ello comercia con el mundo exterior sólo a través del yo, al menos en este esquema. Hoy nos resulta difícil, por cierto, decir en qué medida el gráfico es correcto; en un punto seguramente no lo es. El espacio abarcado por el ello inconciente debería ser incomparablemente mayor que el del yo o el de lo preconciente. Les ruego que lo rectifiquen ustedes mentalmente.

Y ahora he de hacerles todavía una advertencia para concluir estos difíciles y acaso no convincentes desarrollos. No deben concebir esta separación de la personalidad en un yo, un superyó y un ello deslindada por fronteras tajantes, como las que se han trazado artificialmente en la geografía política. No podemos dar razón de la peculiaridad de lo psíquico mediante contornos lineales como en el dibujo o la pintura primitiva; más bien, mediante campos coloreados que se pierden unos en otros, según hacen los pintores modernos. Tras haber separado, tenemos que hacer converger de nuevo lo separado. No juzguen con demasiada dureza este primer intento de volver intuible lo psíquico, tan difícil de aprehender. Es muy probable que la configuración de estas separaciones experimente grandes variaciones en diversas personas, y es posible que hasta se alteren en el curso de la función e involucionen temporariamente. Algo de esto parece convenir en especial a la diferenciación entre el yo y el superyó, la última desde el punto de vista filogenético, y la más espinosa. Es indudable que eso mismo puede ser provocado por una enfermedad psíquica. Cabe imaginar, también, que ciertas prácticas místicas consigan desordenar los vínculos normales entre los diversos distritos anímicos de suerte que, por ejemplo, la percepción logre asir, en lo profundo del yo y del ello, nexos que de otro modo le serían inasequibles. Puede dudarse tranquilamente de que por este camino se alcance la sabiduría última de la que se espera toda salvación. De todos modos, admitiremos que los empeños terapéuticos del psicoanálisis han escogido un parecido punto de abordaje. En efecto, su propósito es fortalecer al yo, hacerlo más independiente del superyó, ensanchar su campo de percepción y ampliar su organización de manera que pueda apropiarse de nuevos fragmentos del ello (ver nota(24)). Donde Ello era, Yo debo devenir. Es un trabajo de cultura como el desecamiento del Zuiderzee.

32ª conferencia.

Angustia y vida pulsional

Señoras y señores: No les sorprenderá saber que tengo para comunicarles muchas novedades sobre nuestra concepción de la angustia y de las pulsiones básicas de la vida anímica, y que ninguna de ellas puede considerarse la solución definitiva de estos huidizos problemas. Adrede hablo aquí de «concepciones» {«Aullassung»}. Son las tareas más difíciles que afrontamos, pero la dificultad no reside, pongamos por caso, en la insuficiencia de las observaciones, pues son justamente los fenómenos más frecuentes y familiares los que nos plantean aquellos enigmas; tampoco en el carácter remoto de las especulaciones que ellos incitan, pues el procesamiento especulativo cuenta poco en este ámbito. Es que se trata real y efectivamente de concepciones, vale decir, de introducir las representaciones abstractas correctas, cuya aplicación a la materia bruta de la observación hace nacer en ella orden y transparencia.

A la angustia consagré ya una de las lecciones de la serie anterior, la número veinticinco. Debo resumir aquí su contenido. Dijimos que la angustia era un estado afectivo, o sea, una reunión de determinadas sensaciones de la serie placer-displacer con las correspondientes inervaciones de descarga y su percepción, pero, probablemente, el precipitado de cierto evento significativo, incorporado por vía hereditaria, y entonces comparable al ataque histérico adquirido por el individuo (ver nota(25)). Recurrimos al proceso del nacimiento como el evento que deja tras sí esa huella afectiva; en él, los cambios en la actividad del corazón y la respiración, característicos del estado de angustia, fueron acordes con el fin. Por tanto, la primera angustia habría sido una angustia tóxica. Luego partimos del distingo entre angustia realista y angustia neurótica; la primera es una reacción que nos parece lógica frente al peligro, a un daño esperado de afuera, mientras que la segunda es enteramente enigmática, como carente de fin. En un análisis de la angustia realista, la redujimos a un estado de atención sensorial incrementada y tensión motriz, que llamamos *apronte angustiado*. A partir de ese estado se desarrolla la reacción de angustia. Serían posibles dos desenlaces en él. O bien el *desarrollo de angustia*, la repetición de la antigua vivencia traumática, se limita a una señal, y entonces la restante reacción puede adaptarse a la nueva situación de peligro, desembocar en la huida o en acciones destinadas a ponerse a salvo, o bien lo antiguo prevalece, toda la reacción se agota en el desarrollo de angustia, y entonces el estado afectivo resultará paralizante y desacorde con el fin para el presente.

Después pasamos a considerar la angustia neurótica y dijimos que la observábamos bajo tres clases de constelaciones. En primer lugar, como un estado de angustia libremente flotante, general, pronto a enlazarse de manera pasajera con cada nueva posibilidad que emerja; es la llamada «angustia expectante», como en la neurosis típica de angustia. En segundo lugar, ligada de manera firme a determinados contenidos de representación en las

llamadas *fobias*, en las que todavía podemos discernir un vínculo con un peligro externo, pero la angustia frente a él no puede menos que parecerse desmedida. En tercero y último término, la angustia en la histeria y otras formas de neurosis grave, que acompaña a síntomas o bien emerge de manera independiente como ataque o como estado de prolongada permanencia, pero siempre sin que se le descubra fundamento alguno en un peligro exterior. Entonces nos planteamos estas dos preguntas: ¿De qué se tiene miedo en la angustia neurótica? ¿Cómo se compadece esta con la angustia realista ante peligros externos?

Nuestras indagaciones en modo alguno han resultado infructuosas; obtuvimos algunas importantes informaciones. En lo que se refiere a la expectativa angustiada, la experiencia clínica nos ha enseñado un nexo regular con la economía de la libido en la vida sexual. La causa más común de la neurosis de angustia es la excitación frustránea. Se provoca una excitación libidinosa, pero no se satisface, no se aplica; entonces, en remplazo de esta libido desviada de su aplicación emerge el estado de angustia. Hasta me creí autorizado a decir que esta libido insatisfecha se mudaba directamente en angustia. Esta concepción halló un apoyo en ciertas fobias enteramente regulares de los niños pequeños. Muchas de esas fobias nos resultan por completo enigmáticas, pero otras, como la angustia a la soledad y a personas ajenas, admiten una explicación cierta. La soledad, así como el rostro ajeno, despiertan la añoranza de la madre familiar; el niño no puede gobernar esta excitación libidinosa, no puede mantenerla en suspenso, sino que la muda en angustia. Por tanto, esta angustia infantil no debe imputarse a la angustia realista, sino a la neurótica. Las fobias infantiles y la expectativa angustiada de la neurosis de angustia nos proporcionan dos ejemplos de uno de los modos en que se genera angustia neurótica: por trasmudación directa de la libido. Enseguida tomaremos conocimiento de un segundo mecanismo; se demostrará que no difiere mucho del primero.

De la angustia en la histeria y otras neurosis hacemos responsable, en efecto, al proceso de la represión. Creemos poder describirlo de manera más completa que antes si mantenemos separado, el destino de la representación por reprimir del destino del monto de libido adherido a ella. Es la representación la que experimenta la represión y llegado el caso es desfigurada hasta que se vuelve irreconocible; pero su monto de afecto es mudado comúnmente en angustia y, por cierto, sin que importe su naturaleza ni que se trate de agresión o de amor. Ahora bien, no entraña ninguna diferencia esencial la razón por la cual un monto de afecto se haya vuelto inaplicable: por endeblez infantil del yo, como en las fobias de los niños; a consecuencia de procesos somáticos en la vida sexual, como en la neurosis de angustia, o por represión, como en la histeria. Así pues, estos dos mecanismos de la génesis de angustia neurótica en verdad coinciden.

. En el curso de estas indagaciones nos llamó la atención un vínculo en extremo significativo entre desarrollo de angustia y formación de síntoma, a saber, que ambos se subrogan y relevan entre sí. El agorafóbico, por ejemplo, inicia su historia patológica con un ataque de angustia en la calle. Este se repetiría toda vez que anduviera de nuevo por la calle. Ahora crea el síntoma de la angustia a andar por la calle, que también podría llamarse una inhibición, una limitación funcional del yo, y por esa vía se ahorra el ataque de angustia. Lo inverso se ve si uno se inmiscuye en la formación de síntoma, como es posible, por ejemplo, en las acciones obsesivas. Si se impide al enfermo realizar su ceremonial de lavado, cae en un estado de angustia difícil de soportar, del cual, evidentemente, su síntoma lo protegía. Y por cierto parece que el desarrollo de angustia

fuera lo primero, y la formación de síntoma lo posterior, como si los síntomas fueran creados para evitar el estallido del estado de angustia. Con esto armoniza también el que las primeras neurosis de la infancia sean fobias, estados en que se discierne con mucha nitidez el modo en que un desarrollo inicial de angustia es relevado por la posterior formación de síntoma: se tiene la impresión de que a partir de estos vínculos se hallará el mejor acceso a la comprensión de la angustia neurótica. Y al mismo tiempo hemos logrado responder la pregunta por aquello a lo cual se tiene miedo en la angustia neurótica, y establecer así la conexión entre angustia realista y neurótica. Aquello a lo cual se tiene miedo es, evidentemente, la propia libido. La diferencia con la situación de la angustia realista reside en dos puntos: que el peligro es interno en vez de externo, y que no se discierne conscientemente.

En las fobias se puede discernir con mucha nitidez el modo en que este peligro interior se traspone en uno exterior, vale decir, una angustia neurótica se muda en aparente angustia realista. Para simplificar un estado de cosas a menudo muy complejo, supongamos que el agorafóbico por lo general temía las mociones de tentación que le despertaban los encuentros por la calle. En su fobia sobreviene un desplazamiento, y ahora se angustia frente a una situación externa. Es manifiesto que gana con ello, pues cree poder protegerse mejor así. De un peligro externo uno puede salvarse mediante la huida, pero es difícil empresa el intento de huir de un peligro interno.

Como conclusión de mi conferencia de entonces sobre la angustia, yo mismo formulé el juicio de que estos diversos resultados de nuestra indagación, si bien no eran contradictorios entre sí, de algún modo no se compaginaban. La angustia es como estado afectivo la reproducción de un antiguo evento peligroso; la angustia está al servicio de la autoconservación y es una señal de un nuevo peligro; se genera a partir de una libido que de algún modo se ha vuelto inaplicable; lo hace también a raíz del proceso de la represión; la formación de síntoma la releva, la liga psíquicamente, por así decir; se siente que aquí falta algo que unifique los fragmentos.

Señoras y señores: Esa descomposición de la personalidad anímica en un superyó, un yo y un ello, que les expuse en la conferencia anterior, nos obligó a adoptar también otra orientación en el problema de la angustia. Con la tesis de que el yo es el único almacén de la angustia(26), sólo él puede producirla y sentirla, nos hemos situado en una nueva y sólida posición desde la cual muchas constelaciones cobran un aspecto diferente. Y de hecho no sabríamos qué sentido tendría hablar de una «angustia del ello» o adscribir al superyó la facultad del estado de angustia. En cambio, hemos saludado como una deseada correspondencia el hecho de que las tres principales variedades de angustia -la realista, la neurótica y la de la conciencia moral- puedan ser referidas tan espontáneamente a los tres vasallajes del yo: respecto del mundo exterior, del ello y del superyó. Con esta nueva concepción ha pasado también al primer plano la función de la angustia como señal para indicar una situación de peligro, función que por cierto no desconocíamos antes(27); ha perdido interés la pregunta por el material con que está hecha la angustia, y los vínculos entre angustia realista y neurótica se han aclarado y simplificado de manera sorprendente. Es digno de señalar, por lo demás, que a los casos de génesis de angustia en apariencia complicados los comprendemos ahora mejor que a los juzgados simples.

En efecto, hemos indagado recientemente el modo en que se genera la angustia en ciertas fobias que incluimos en la historia de angustia, y escogimos casos en que se trataba de la

represión típica de las mociones de deseo provenientes del complejo de Edipo. De acuerdo con nuestra expectativa, habríamos debido hallar que es la investidura libidinosa del objeto-madre la que se muda en angustia a consecuencia de la represión y entonces, en la expresión sintomática, se presenta como anudada al sustituto del padre. No puedo exponerles los diversos pasos de una indagación de esta índole; baste consignar que el sorprendente resultado fue lo contrario de nuestra expectativa. No es la represión la que crea a la angustia, sino que la angustia está primero ahí, ¡es la angustia la que crea a la represión!(28) Pero, ¿qué clase de angustia será? Sólo la angustia frente a un peligro exterior amenazante, vale decir, una angustia realista. Es cierto que el varoncito siente angustia ante una exigencia de su libido, en este caso ante el amor a su madre; por tanto, es efectivamente un caso de angustia neurótica. Pero ese enamoramiento le aparece como un peligro interno, del que debe sustraerse mediante la renuncia a ese objeto, sólo porque convoca una situación de peligro externo. Y en todos los casos que indagamos obtuvimos idéntico resultado. Confesémoslo llanamente: no esperábamos que el peligro pulsional interno resultara ser una condición y preparación de una situación de peligro objetiva, externa.

Pero todavía no hemos dicho qué es ese peligro real que el niño teme como consecuencia de su enamoramiento de la madre. Es el castigo de la castración, la pérdida de su miembro. Desde luego, objetarán ustedes, ese no es un peligro objetivo. A nuestros varoncitos no se los castra por más que se enamoren de la madre en la fase del complejo de Edipo. Pero no es cosa tan fácil de despachar. Ante todo, no interesa que la castración se ejecute de hecho; lo decisivo es que el peligro amenace de afuera y el niño crea en él. Tiene alguna ocasión para ello, pues en el curso de su fase fálica, en la época de su onanismo temprano, hartas veces se lo amenaza con cortar el miembro, y alusiones a este castigo acaso encuentren regularmente en él un refuerzo filogenético. Conjeturamos que en las épocas primordiales de la familia humana la castración era consumada de hecho por el padre celoso y cruel sobre sus hijos varones crecidos, y la circuncisión que tan a menudo hallamos entre los primitivos como componente del ritual de virilidad podría ser un resto bien reconocible de ella. Sabemos cuánto nos distanciamos así de la opinión general, pero nos vemos precisados a establecer que la angustia frente a la castración es uno de los motores más frecuentes e intensos de la represión y, con ello, de la formación de neurosis. Análisis de casos en que no por cierto la castración, pero sí la circuncisión, se consumó en el varoncito como terapia o castigo por el onanismo, lo cual no es muy raro en la sociedad anglo-norteamericana, han proporcionado a nuestra convicción su certeza definitiva. Es una gran tentación considerar en detalle en este lugar el complejo de castración, pero nos atenderemos a nuestro tema.

La angustia de castración no es, desde luego, el único motivo de la represión; ya no tiene sitio alguno en las mujeres, que por cierto poseen un complejo de castración, pero no pueden tener angustia ninguna de castración. En su remplazo aparece en las de su sexo la angustia a la pérdida de amor (ver nota(29)), que puede dilucidarse como una continuación de la angustia del lactante cuando echa de menos a la madre. Ustedes comprenden qué situación de peligro objetivo es indicada por esa angustia. Si la madre está ausente o ha sustraído su amor al hijo, la satisfacción de las necesidades de este ya no es segura, y posiblemente queda expuesto a los más penosos sentimientos de tensión. No rechacen la idea de que estas condiciones de angustia repiten en el fondo la situación de la originaria angustia de nacimiento, que también implicó una separación de la madre. Y aun si siguen una argumentación de Ferenczi [1925], pueden incluir también la angustia de castración en

esta serie, pues la pérdida del miembro viril tiene por consecuencia la imposibilidad de una reunificación con la madre o con su sustituto en el acto sexual. Les menciono de pasada que la tan frecuente fantasía de regreso al seno materno es el sustituto de ese deseo de coito (ver nota(30)). En este punto debería informarles sobre muchísimas cosas interesantes y sorprendentes nexos, pero no puedo salirme de los marcos de una introducción al psicoanálisis; sólo quiero hacerles notar el modo en que aquí las averiguaciones psicológicas avanzan hasta chocar con hechos biológicos.

Otto Rank, a quien el psicoanálisis debe muchas contribuciones hermosas, tiene también el mérito de haber destacado de manera expresa la significación del acto del nacimiento y de la separación de la madre [Rank, 1924]. Es cierto que todos nosotros hallamos imposible aceptar las conclusiones extremas que él extrajo de este factor para la teoría de las neurosis y aun para la terapia analítica. Él ya encontró preparado el núcleo de su doctrina, a saber, que la vivencia de angustia del nacimiento es el arquetipo de todas las situaciones posteriores de peligro (ver nota(31)). Si nos atenemos a esto, podremos decir que en verdad a cada edad del desarrollo le corresponde una determinada condición de angustia, y por tanto una situación de peligro, como la adecuada a ella. El peligro del desvalimiento psíquico conviene al estadio de la temprana inmadurez del yo; el peligro de la pérdida de objeto (de amor), a la heteronomía de la primera infancia; el peligro de la castración, a la fase fálica; y, por último, la angustia ante el superyó, angustia que cobra una posición particular, al período de latencia. A medida que avanza el desarrollo, las antiguas condiciones de angustia tienen que ser abandonadas, pues las situaciones de peligro que les corresponden han sido desvalorizadas por el fortalecimiento del yo. Pero esto ocurre de manera sólo muy incompleta. Son muchos los seres humanos que no pueden superar la angustia ante la pérdida de amor, nunca logran suficiente independencia del amor de otros y en este punto continúan su conducta infantil. La angustia ante el superyó no está normalmente destinada a extinguirse, pues es indispensable en las relaciones sociales como angustia de la conciencia moral, y el individuo sólo en rarísimos casos puede independizarse de la comunidad humana. Por lo demás, algunas de las antiguas situaciones de peligro se las arreglan para pervivir en épocas posteriores modificando oportunamente sus condiciones de angustia. Por ejemplo, el peligro de la castración se conserva bajo la máscara de la fobia a la sífilis. De adulto uno sabe sin duda que la castración ya no se practica como castigo por entregarse a concupiscencias sexuales, pero en cambio se ha experimentado que tal libertad pulsional está amenazada con graves enfermedades. Es evidente que las personas que llamamos neuróticas permanecen infantiles en su conducta hacia el peligro y no han superado condiciones de angustia anticuadas. Lo admitimos como una contribución fáctica a la caracterización de los neuróticos; no resulta tan fácil decir por qué ello es así.

Espero que no hayan perdido el panorama de conjunto y sepan todavía que estamos indagando los vínculos entre angustia y represión. Acerca de ellos, hemos averiguado dos cosas nuevas: la primera, que la angustia crea a la represión, y no a la inversa, como pensábamos; y [la segunda], que una situación pulsional temida se remonta, en el fondo, a una situación de peligro exterior. La siguiente pregunta será: ¿Cómo nos representamos ahora el proceso de una represión bajo el influjo de la angustia? Opino que así: El yo nota que la satisfacción de una exigencia pulsional emergente convocaría una de las bien recordadas situaciones de peligro. Por tanto, esa investidura pulsional debe ser sofocada de algún modo, cancelada, vuelta impotente. Sabemos que el yo desempeña esa tarea cuando es fuerte e incluye en su organización la respectiva moción pulsional. Ahora bien, el

caso de la represión es aquel en que la moción pulsional sigue siendo nativa del ello y el yo se siente endeble. Entonces el yo recurre a una técnica que en el fondo es idéntica a la del pensar normal. El pensar es un obrar tentativo con pequeños volúmenes de investidura, semejante a los desplazamientos de pequeñas figuras sobre el mapa, anteriores a que el general ponga en movimiento sus masas de tropa (ver nota(32)). El yo anticipa así la satisfacción de la moción pulsional dudosa y le permite reproducir las sensaciones de displacer que corresponden al inicio de la situación de peligro temida. Así se pone en juego el automatismo del principio de placer-displacer, que ahora lleva a cabo la represión de la moción pulsional peligrosa.

«¡Alto ahí -exclamarán ustedes-; no podemos seguir acompañándolo!». Tienen razón; antes que pueda parecerles aceptable debo agregar algo. En primer lugar, la confesión de que he intentado traducir al lenguaje de nuestro pensar normal lo que en realidad tiene que ser un cierto proceso, no conciente ni preconciente, entre montos de energía en un sustrato irrepresentable. Pero esa no es una objeción fuerte, ya que es imposible hacer otra cosa. Más importante es que distingamos con claridad lo que a raíz de esta represión sucede en el yo y lo que sucede en el ello. Acabamos de decir lo que hace el yo. Dirige una investidura tentativa y suscita el automatismo placer-displacer mediante la señal de angustia. Entonces son posibles diversas reacciones o una mezcla de ellas en montos variables. O bien el ataque de angustia se desarrolla plenamente y el yo se retira por completo de la excitación chocante, o bien, en lugar de salirle al encuentro con una investidura tentativa, el yo lo hace con una conrainvestidura, y esta se conjuga con la energía de la moción reprimida para la formación de síntoma o es acogida en el interior del yo como formación reactiva, como refuerzo de determinadas disposiciones, como alteración permanente (ver nota(33)). Mientras más pueda limitarse el desarrollo de angustia a una mera señal, tanto más recurrirá el yo a las acciones de defensa equivalentes a una ligazón psíquica de lo reprimido, y tanto más se aproximará el proceso a un procesamiento normal, desde luego que sin alcanzarlo (ver nota(34)).

De pasada, nos detendremos aquí un instante. Sin duda ustedes ya habrán supuesto por sí mismos que eso difícil de definir que se llama carácter es atribuible por entero al yo. Tenemos asido algo de lo que crea a ese carácter. Sobre todo, la incorporación de la anterior instancia parental en calidad de superyó, sin duda el fragmento más importante y decisivo; luego, las identificaciones con ambos progenitores de la época posterior, y con otras personas influyentes, al igual que similares identificaciones como precipitados de vínculos de objeto resignados. Agreguemos ahora, como un complemento que nunca falta a la formación del carácter, las formaciones reactivas que el yo adquiere primero en sus represiones y, más tarde, con medios más normales, a raíz de los rechazos de mociones pulsionales indeseadas (ver nota(35)).

Ahora retrocedamos y volvámonos al ello. No es tan fácil ya colegir lo que a raíz de la represión le ha pasado a la moción pulsional combatida. Nuestro interés principal es saber qué acontece con la energía, con la carga libidinosa de esa excitación: ¿cómo será aplicada? Recuerdan que antes suponíamos que justamente ella era mudada en angustia por la represión (ver nota(36)). Ya no nos atrevemos a sostenerlo; la respuesta, menos osada, será más bien: es probable que su destino no sea el mismo en todos los casos. Es probable que exista una correspondencia íntima entre el proceso que ocurre en cada caso dentro del yo y el que le sobreviene en el ello a la moción reprimida. Esa correspondencia es la que debería llegar a sernos notoria. En efecto, desde que hemos hecho intervenir en

la represión al principio de placer-displacer, puesto en movimiento por la señal de angustia, estamos autorizados a modificar nuestras expectativas. Este principio rige de manera irrestricta los procesos en el interior del ello. Podemos concederle que provoca alteraciones muy profundas en la moción pulsional en cuestión. Esperamos, entonces, que la represión conlleve muy diversos resultados, más o menos vastos. En muchos casos quizá la moción pulsional reprimida retenga su investidura libidinal, persista inmutada en el ello, si bien bajo la presión permanente del yo. Otras veces parece sobrevenirle una destrucción completa, tras la cual su libido es conducida de manera definitiva por otras vías. Sostuve que eso ocurría en la tramitación normal del complejo de Edipo, el cual, entonces, en ese caso deseable no es simplemente reprimido, sino destruido dentro del ello (ver nota(37)). Además, la experiencia clínica nos ha enseñado que en muchos casos se produce, en vez del habitual resultado de la represión, una degradación libidinal, una regresión de la organización libidinal a un estadio anterior. Desde luego, esto sólo puede ocurrir dentro del ello, y cuando acontece es bajo el influjo del mismo conflicto que fue iniciado por la señal de angustia. La neurosis obsesiva, en que cooperan regresión libidinal y represión, proporciona el ejemplo más llamativo de esta clase.

Señoras y señores: Me temo que estos desarrollos les resulten de difícil aprehensión, y ya colegirán que no se los ha expuesto de manera exhaustiva. Lamento tener que provocar el descontento de ustedes. Pero no puedo fijarme otra meta que transmitirles una impresión sobre la naturaleza de nuestros resultados y las dificultades que ofrece su elaboración completa. Mientras más ahondamos en el estudio de los procesos anímicos, tanto más discernimos su riqueza y su carácter enmarañado. Muchas fórmulas simples que al comienzo nos parecieron justas resultaron luego insuficientes. No cejaremos en modificarlas y mejorarlas. En la conferencia sobre la teoría del sueño [la primera de esta serie] los conduje a un ámbito donde apenas se produjo algún nuevo descubrimiento en estos quince años; aquí, donde tratamos de la angustia, ustedes lo ven todo arrastrado en un proceso de fluir y de cambio. Sucede que estas cosas nuevas no han sido reelaboradas todavía a fondo, y acaso ello dificulta también su exposición. Tranquilícense; pronto abandonaremos el tema de la angustia. No aseguro que entonces lo habremos despachado a nuestra satisfacción. Espero, sí, que hayamos avanzado un poquito. Y entretanto habremos adquirido toda clase de intelecciones nuevas. Así, ahora mismo el estudio de la angustia nos mueve a agregar otro rasgo a nuestra pintura del yo. Hemos dicho que el yo es endeble frente al ello, es su fiel servidor, se empeña en llevar a cabo sus órdenes, en cumplir sus reclamos. No nos retractaremos de ese enunciado. No obstante, por el otro lado, ese yo es la parte del ello mejor organizada, orientada hacia la realidad. No debemos exagerar demasiado la separación entre ambos, ni sorprendernos de que el yo consiga

a su vez influir sobre los procesos del ello. Opino que el yo ejerce ese influjo cuando por medio de la señal de angustia pone en actividad al casi omnipotente principio de placer-displacer. Es verdad que inmediatamente vuelve a mostrar su endebles, pues mediante el acto de la represión renuncia a un fragmento de su organización, se ve precisado a consentir que la moción pulsional reprimida permanezca sustraída a su influjo de manera duradera.

Y ahora, sólo una puntualización más sobre el problema de la angustia. La angustia neurótica se ha mudado bajo nuestras manos en angustia realista, en angustia ante determinadas situaciones externas de peligro. Pero esto no puede quedar así, tenemos que dar otro paso, que será un paso atrás. Nos preguntamos: ¿Qué es en verdad lo peligroso,

lo temido en una de tales situaciones de peligro? Evidentemente, no es el daño de la persona que podría juzgarse objetivo, pues no tiene por qué alcanzar significado alguno en lo psicológico, sino lo que él ocasione en la vida anímica. Por ejemplo, el nacimiento, nuestro arquetipo del estado de angustia, difícilmente pueda ser considerado en sí como un daño, aunque tal vez conlleve tal peligro. Lo esencial en el nacimiento, como en cualquier otra situación de peligro, es que provoque en el vivenciar anímico un estado de excitación de elevada tensión que sea sentido como displacer y del cual uno no pueda enseñorearse por vía de descarga. Llamemos factor traumático (ver nota(38)) a un estado así, en que fracasan los empeños del principio de placer; entonces, a través de la serie angustia neurótica-angustia realista-situación de peligro llegamos a este enunciado simple: lo temido, el asunto de la angustia, es en cada caso la emergencia de un factor traumático que no pueda ser tramitado según la norma del principio de placer. Lo comprendemos enseguida: el hecho de estar dotados del principio de placer no nos pone a salvo de daños objetivos, sino sólo de un daño determinado a nuestra economía psíquica. Del principio de placer a la pulsión de autoconservación hay un gran trecho, falta mucho para que ambos propósitos se superpongan desde el punto de partida. Pero vemos todavía otra cosa, y quizá sea esta la solución que buscamos: que aquí se trata dondequiera del problema de las cantidades relativas. Sólo la magnitud de la suma de excitación convierte a una impresión en factor traumático, paraliza la operación del principio de placer, confiere su significatividad a la situación de peligro. Y si así son las cosas, si ese enigma se zanja mediante un expediente tan sencillo, ¿por qué no podría ser posible que factores traumáticos de esta índole sobrevinieran en la vida anímica sin referencia a las supuestas situaciones de peligro, y entonces a raíz de ellos la angustia no se provocara como señal, sino que naciera como algo nuevo con un fundamento propio? La experiencia clínica nos dice de manera tajante que efectivamente es así. Sólo las represiones más tardías muestran el mecanismo que hemos descrito, en que la angustia es despertada como señal de una situación anterior de peligro; las primeras y originarias nacen directamente a raíz del encuentro del yo con una exigencia libidinal hipertrófica proveniente de factores traumáticos; ellas crean su angustia como algo nuevo, es verdad que según el arquetipo del nacimiento. Acaso lo mismo valga para el desarrollo de angustia que en la neurosis de angustia se produce por daño somático de la función sexual. Ya no afirmaremos que sea la libido misma la que se muda entonces en angustia (ver nota(39)). Pero no veo objeción alguna a un origen doble de la angustia: en un caso como consecuencia directa del factor traumático, y en el otro como señal de que amenaza la repetición de un factor así.

Señoras y señores: Ahora los alegrará no tener que escuchar nada más sobre la angustia. Pero de nada les valdrá: lo que sigue no es mejor. Hoy tengo aún el propósito de conducirlos al campo de la teoría de la libido o doctrina de las pulsiones, donde también han surgido muchas cosas nuevas. No quiero decir que hayamos hecho grandes progresos, que les recompensarán a ustedes el trabajo que pudieran tomarse para enterarse de ellos. No; es un campo en el que pugnamos laboriosamente para obtener orientación e intelecciones. Sean ustedes testigos de nuestro empeño. También aquí debo remontarme a muchas de las cosas que ya antes les expuse.

La doctrina de las pulsiones es nuestra mitología, por así decir. Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación. En nuestro trabajo no podemos prescindir ni un instante de ellas, y sin embargo nunca estamos seguros de verlas con claridad. Ustedes conocen el modo en que el pensamiento popular se maneja con las pulsiones. Supone tantas, y de tan variadas clases, como necesita: una pulsión de reconocimiento por los

demás, de imitación, de juego, de socialidad, y muchas otras de este tipo. Podría decirse que las toma, espera a que realicen su particular trabajo, y las vuelve a dejar. Desde siempre tuvimos la vislumbre de que tras esas múltiples y pequeñas pulsiones tomadas en préstamo se ocultaba algo serio y poderoso, algo a lo que debíamos acercarnos con precaución. Nuestro primer paso fue bastante modesto. Nos dijimos que probablemente no erraríamos si distinguíamos al comienzo dos pulsiones principales, clases o grupos de ellas, según las dos grandes necesidades: hambre y amor. Por más celo que pongamos en defender la independencia de la psicología frente a cualquier otra ciencia, aquí se está a la zaga del inmovible hecho biológico de que el individuo vivo sirve a dos propósitos: su propia conservación y la de la especie; ambas parecen independientes entre sí, que nosotros sepamos no han experimentado todavía una derivación común, y en la vida animal presentan a menudo intereses encontrados. En este punto se cultiva en rigor una psicología biológica, se estudian los fenómenos psíquicos concomitantes de procesos biológicos. Como subrogadoras de esta concepción, se introdujeron en el psicoanálisis las «pulsiones yoicas» y las «pulsiones sexuales». Entre las primeras incluimos todo lo que tiene que ver con la conservación, la afirmación, el engrandecimiento de la persona. A las segundas debimos conferirles la riqueza que exigían la vida sexual infantil y la perversa. Puesto que a raíz de la indagación de las neurosis llegamos a conocer al yo como el poder limitante, represor, y a las aspiraciones sexuales como lo limitado, reprimido, creímos tocar con la mano no sólo la diversidad, sino el conflicto entre ambos grupos de pulsiones. Asunto de nuestro estudio fueron primero sólo las pulsiones sexuales, cuya energía denominamos «libido». En torno de ellas intentamos aclarar nuestras representaciones sobre lo que era una pulsión y lo que podíamos atribuirle. Este es el lugar de la teoría de la libido.

Una pulsión se distingue de un estímulo, pues, en que proviene de fuentes de estímulo situadas en el interior del cuerpo, actúa como una fuerza constante y la persona no puede sustraerse mediante la huida, como es posible en el caso del estímulo externo. En la pulsión pueden distinguirse fuente, objeto y meta. La fuente es un estado de excitación en lo corporal; la meta, la cancelación de esa excitación, y en el camino que va de la fuente a la meta la pulsión adquiere eficacia psíquica. La representamos como cierto monto de energía que esfuerza en determinada dirección. De este esforzar *{Drängen}* recibe su nombre: pulsión *{Trieb}*. Se habla de pulsiones activas y pasivas; más correctamente debería decirse: metas pulsionales activas y pasivas; también para alcanzar una meta pasiva se requiere un gasto de actividad. La meta puede alcanzarse en el cuerpo propio, pero por regla general se interpone un objeto exterior en que la pulsión logra su meta externa; su meta interna sigue siendo en todos los casos la alteración del cuerpo sentida como satisfacción. No hemos podido aclararnos si la pertenencia a la fuente somática presta a la pulsión una especificidad, ni cuál sería esta. Que mociones pulsionales de una fuente pueden acoplarse a las de otra y compartir su ulterior destino; que en general una satisfacción pulsional puede ser sustituida por otra: he ahí hechos indudables según el testimonio de la experiencia analítica. Pero confesemos que no los comprendemos muy bien. También el vínculo de la pulsión con la meta y el objeto admite variaciones: aquella y este pueden permutarse por otros, siendo empero el vínculo con el objeto el más fácil de aflojar. Distinguimos con el nombre de *sublimación* cierta clase de modificación de la meta y cambio de vía del objeto en la que interviene nuestra valoración social. Además, tenemos razones para distinguir pulsiones *de meta inhibida*, a saber, mociones pulsionales de fuentes notorias y con meta inequívoca, pero que se detienen en el camino hacia la satisfacción, de suerte que sobrevienen una duradera investidura de objeto y una aspiración continua. De esta clase es, por ejemplo, el vínculo de la ternura, que

indudablemente proviene de las fuentes de la necesidad sexual y por regla general renuncia a su satisfacción (ver nota(40)).

Ven ustedes cuánto de lo que se refiere a las propiedades y destinos de las pulsiones escapa todavía a nuestra comprensión; deberíamos consignar aquí también una diferencia que se aprecia entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación y que revestiría extrema significación teórica si valiera para los grupos íntegros. Las pulsiones sexuales nos llaman la atención por su plasticidad, la capacidad de cambiar de vía sus metas; por la facilidad con que admiten subrogaciones, dejándose sustituir una satisfacción pulsional por otra, y por su posible diferimiento, de lo cual las pulsiones de meta inhibida acaban de darnos un buen ejemplo. Tenderíamos a negar estas propiedades a las pulsiones de autoconservación, y a enunciar acerca de ellas que son inflexibles, no admiten diferimiento, son imperativas de manera muy diversa y tienen una relación enteramente distinta tanto con la represión como con la angustia. Sólo que la reflexión más inmediata nos dice que esa posición excepcional no conviene a todas las pulsiones yóicas, sino únicamente al hambre y la sed, y es evidente que ello tiene su base en una particularidad de las fuentes pulsionales. Buena parte del carácter confuso con que se nos presenta todo este cuadro proviene, además, de que no hemos considerado por separado las alteraciones que las mociones pulsionales, originariamente nativas del ello, acaso experimentan bajo el influjo del yo organizado.

Nos movemos sobre terreno más firme cuando pasamos a indagar el modo en que la vida pulsional sirve a la función sexual. Sobre este punto hemos adquirido intelecciones en un todo decisivas, que tampoco son nuevas para ustedes. No es, pues, que se discierna una pulsión sexual que desde el comienzo mismo haga de portadora de la aspiración a la meta de la función sexual, la unión de las dos células genésicas. Antes bien, vemos un gran número de pulsiones parciales, provenientes de diversas partes y regiones del cuerpo, que con bastante independencia recíproca pugnan por alcanzar una satisfacción y la hallan en algo que podemos llamar *placer de órgano*.(41) Entre estas *zonas erógenas*, los genitales son la más tardía, y ya no rehusaremos a su placer de órgano el nombre de *placer sexual*. No todas estas mociones que pugnan por alcanzar placer serán acogidas en la organización definitiva de la función sexual. Muchas de ellas serán dejadas de lado por inutilizables, sea mediante represión u otra vía; algunas serán desviadas de su meta en la notable forma ya citada, y aplicadas como refuerzo de otras mociones; otras, aún, se conservan en papeles accesorios, sirven para la ejecución de actos introductorios, para la producción de un placer previo (ver nota(42)). Ya saben ustedes que en esta larga trayectoria de desarrollo pueden discernirse varias fases de una organización provisional, y conocen también cómo a partir de esta historia de la función sexual se explican sus aberraciones y mutilaciones. Llamamos *oral* a la primera de estas fases *pregenitales* porque, en correspondencia con el modo en que el lactante es alimentado, la zona erógena de la boca domina también lo que es lícito llamar la actividad sexual de este período de la vida. En un segundo estadio esfuerzan hacia adelante los impulsos *sádicos* y *los anales*, por cierto que en conexión con la salida de los dientes, el fortalecimiento de la musculatura y el gobierno sobre las funciones esfinterianas. Justamente acerca de este llamativo estadio del desarrollo hemos averiguado muchas interesantes particularidades. En tercer lugar aparece la fase *fálica*, en que en ambos sexos el miembro viril y su correspondiente en la niña adquieren una significación que ya no puede pasarse por alto (ver nota(43)). Hemos reservado el nombre de fase *genital* para la organización sexual definitiva que se establece tras la pubertad y en la cual los genitales femeninos hallan por primera vez el

reconocimiento que los masculinos habían conseguido mucho antes.

Hasta aquí, todo esto no es más que una descolorida repetición. Y no crean que lo no mencionado esta vez haya perdido vigencia. Hacía falta esa repetición para anudar desde ella el informe sobre los progresos de nuestras intelecciones. Podemos gloriarnos de haber averiguado muchas cosas nuevas justamente sobre las organizaciones tempranas de la libido, y de haber aprehendido con mayor claridad lo antiguo; les daré al menos algunas muestras de ello. Abraham probó en 1924 que en la fase sádico-anal pueden distinguirse dos estadios. De ellos, en el anterior reinan las tendencias destructivas de aniquilar y perder, y en el posterior, las de guardar y poseer, amistosas hacia los objetos. Por tanto, es en mitad de esta fase cuando emerge por primera vez el miramiento hacia el objeto como precursor de una posterior investidura de amor. Igualmente justificado es suponer una partición semejante también para la primera fase, la oral. En el primer subestadio se trata sólo de la incorporación oral y falta aún toda ambivalencia en el vínculo con el objeto del pecho materno. El segundo estadio, singularizado por la emergencia de la actividad de morder, puede ser designado como oral-sádico; muestra por primera vez los fenómenos de la ambivalencia que adquirirán tanta nitidez en la fase siguiente, la sádico-anal. El valor de estos nuevos distingos se evidencia en particular cuando en determinadas neurosis -neurosis obsesiva, melancolía- uno busca los lugares de predisposición dentro del desarrollo libidinal (ver nota(44)). Traigan ustedes a su memoria lo que tenemos averiguado acerca del nexo entre fijación libidinal, predisposición y regresión (ver nota(45)).

En general, nuestra actitud hacia las fases de la organización libidinal se ha desplazado un poco. Si antes insistíamos sobre todo en la manera en que cada una de ellas se disipaba ante la que le seguía, ahora nuestra atención se ciñe a los hechos que nos muestran cuánto de aquella fase anterior se ha conservado junto a las configuraciones posteriores y tras ellas, y se ha procurado una subrogación duradera en la economía libidinal y en el carácter de la persona. Todavía más significativos son ciertos estudios que nos han enseñado que muy a menudo ocurren, bajo condiciones patológicas, regresiones a fases anteriores, y que determinadas regresiones son características de determinadas formas de enfermedad (ver nota(46)). Pero no puedo tratar esto aquí; pertenece a una psicología especial de las neurosis.

Trasposiciones pulsionales y procesos parecidos hemos podido estudiar, en particular, en el erotismo anal, las excitaciones que provienen de las fuentes de la zona erógena anal; nos sorprendió la multiplicidad de empleos a que son aplicadas estas mociones pulsionales. Acaso no resulte fácil emanciparse del menosprecio que en el curso del desarrollo ha afectado justamente a estas zonas. Dejemos por eso que Abraham [1924] nos explique que el ano corresponde embriológicamente a la boca primordial que ha migrado hacia abajo, hasta la extremidad del intestino. Luego nos enteramos de que con la desvalorización de la propia caca, de los excrementos, este interés pulsional de fuente anal traspasa hacia objetos que pueden darse como *regalo*. Y con derecho, pues la caca fue el primer regalo que el lactante pudo hacer, del que se desprendió por amor a su cuidadora. Luego, de manera por entero análoga al cambio de vía del significado en el desarrollo del lenguaje, ese antiguo interés por la caca se traspone en el aprecio por el *oro* {*Gold*} y el *dinero* {*Geld*}, pero también hace su contribución a la investidura afectiva del *hijo* y del *pene*. Según la convicción de todos los niños, que por largo tiempo se atienen a la teoría de la cloaca, el hijo nace como un fragmento de caca del intestino (ver nota(47)); la defecación es el arquetipo del acto del nacimiento. Pero también el pene tiene su precursor en la

columna de heces que llena y estimula la mucosa del tubo intestinal. Cuando el niño, bien a regañadientes, toma noticia de que existen seres humanos que no poseen ese miembro, el pene le aparece como algo separable del cuerpo y lo sitúa en inequívoca analogía con el excremento, que sin duda fue el primer fragmento de corporeidad al que se debió renunciar. Así, una gran cuota de erotismo anal es transportada a investidura del pene, pero el interés por esta parte del cuerpo tiene, además de esta raíz de erotismo anal, una raíz oral acaso todavía más poderosa, pues tras la suspensión del lactar el pene hereda también algo del pezón del órgano materno.

Es imposible orientarse en las fantasías -las ocurrencias influidas por lo inconciente- y en el lenguaje sintomático del ser humano si no se conocen estos profundos nexos. Caca-dinero-regalo-hijo-pene son tratados aquí como equivalentes y aun subrogados mediante símbolos comunes. No olviden que sólo he podido hacerles comunicaciones muy incompletas. Quizá pueda agregar todavía, de pasada, que también el interés por la vagina, que despierta más tarde, es de origen anal-erótico. No es asombroso, pues la vagina misma, según una feliz expresión de Lou Andreas-Salomé [1916], ha «tomado terreno en arriendo» al ano (ver nota(48)); en la vida de los homosexuales, que no han recorrido cierto trecho del desarrollo sexual, es vuelta a subrogar por aquel. En el soñar se escenifica con frecuencia una localidad que antes era un espacio único y ahora es dividida en dos por una pared, o también a la inversa. Lo mentado con ello es siempre la relación de la vagina con el intestino (ver nota(49)). También podemos estudiar muy bien en la niña cómo normalmente el deseo de poseer un pene, enteramente afemenino, se trasmuda en el deseo de tener un hijo, y luego en el de tener un varón como portador del pene y dador del hijo, de suerte que también aquí se vuelve visible el modo en que un fragmento de un interés anal-erótico en su origen se forja un sitio en la posterior organización genital (ver nota(50)).

En el curso de esos estudios sobre las fases pregenitales de la libido hemos obtenido también algunas nuevas intelecciones sobre la formación del carácter. Nos llamó la atención un conjunto de propiedades que aparecen reunidas con bastante regularidad: orden, ahorratividad y terquedad; y a partir del análisis de esas personas descubrimos que esas propiedades provienen del consumo y del empleo diverso de su erotismo anal. Hablamos entonces de un *carácter anal* toda vez que hallamos esa llamativa reunión, y ponemos el carácter anal en una cierta oposición con el erotismo anal no elaborado hasta su acabamiento (ver nota(51)). Un vínculo semejante, quizá todavía más firme, hallamos entre la ambición y el erotismo uretral. Extraemos una notable alusión a ese nexo de la leyenda según la cual Alejandro Magno nació la misma noche en que un cierto Herostrato, por el solo afán de hacerse famoso, prendió fuego al admiradísimo templo de Artemisa en Efeso. Es como si los antiguos no hubieran desconocido la existencia de ese nexo. Ya saben ustedes cuánto tiene que ver el orinar con el fuego y su extinción(52). Desde luego, esperamos que también otras propiedades de carácter sobrevengan de manera semejante como precipitados o formaciones reactivas de determinadas formaciones libidinosas pregenitales, mas todavía no podemos demostrarlo.

Pero ya es tiempo de que vuelva atrás tanto en la historia como en el tema, y retome los problemas más generales de la vida pulsional. Nuestra teoría de la libido tuvo por base, al comienzo, la oposición entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales. Cuando más tarde empezamos a estudiar mejor al yo como tal, y asimos el punto de vista del narcisismo, ese distinguió perdió el suelo en que se asentaba. En casos raros puede discernirse que el yo se

toma a sí mismo por objeto, se comporta como si estuviera enamorado de sí mismo. De ahí el *narcisismo*, extraído de la leyenda griega. Pero esa no es sino una exageración extrema de un estado de cosas normal. Se llega a comprender que el yo es siempre el principal reservorio de la libido; de él parten las investiduras libidinosas de los objetos, y a él regresan, mientras la parte mayor de esa libido permanece de manera continua dentro del yo (ver nota(53)). Por tanto, sin cesar se trasmuta libido yoica en libido de objeto, y libido de objeto en libido yoica. Pero entonces ellas no pueden ser de diferente naturaleza, no tiene ningún sentido separar la energía de una y otra, y es posible abandonar la designación «libido» o usarla como equivalente de energía psíquica en general.

No permanecemos largo tiempo en ese estadio del problema. La vislumbre de una relación de oposición dentro de la vida pulsional pronto se procuró otra expresión, todavía más neta. Pero no querría deducir ante ustedes esta novedad de la doctrina de las pulsiones; también ella descansa esencialmente en consideraciones biológicas; se la presentaré como producto acabado. Suponemos que existen dos clases de pulsiones de diferente naturaleza: las pulsiones sexuales entendidas en el sentido más lato -el *Eros*, si prefieren esta denominación- y las pulsiones de *agresión*, cuya meta es la destrucción. Escuchándolo así, es difícil que ustedes lo consideren una novedad; parece un intento de trasfiguración teórica de la oposición trivial entre amar y odiar, que acaso coincida con aquella otra polaridad de atracción y repulsión que la física supone para el mundo inorgánico. Pero lo notable es que esa formulación fue sentida por muchos como una innovación, y por cierto harto indeseable, que debía ser eliminada lo más pronto posible. Supongo que en esa desautorización se impone un fuerte factor afectivo. ¿Por qué nosotros mismos tardamos tanto antes de decidernos a reconocer una pulsión de agresión, por qué vacilamos en utilizar para la teoría unos hechos que eran manifiestos y notorios para todo el mundo? Probablemente se tropezara con menor resistencia si se quisiera atribuir a los animales una pulsión con esa meta. Pero parece impío incluirla en la constitución humana; contradice demasiadas premisas religiosas y convenciones sociales. No; el hombre tiene que ser por naturaleza bueno o, al menos, manso. Si en ocasiones se muestra brutal, violento, cruel, he ahí unas ofuscaciones pasajeras de su vida afectiva, las más de las veces provocadas, quizá sólo consecuencia de los inadecuados regímenes sociales que él se ha dado hasta el presente.

Por desdicha, lo que la historia nos informa y lo que nosotros mismos hemos vivenciado no nos habla en ese sentido, sino más bien justifica el juicio de que la creencia en la «bondad» de la naturaleza humana es una de esas miserables ilusiones que, según los hombres esperan, embellecerán y aliviarán su vida, cuando en realidad sólo les hacen daño. No necesitamos continuar esta polémica; en efecto, no hemos propiciado el supuesto de una particular pulsión de agresión y destrucción en el ser humano en virtud de las doctrinas de la historia ni de nuestra experiencia en la vida, sino que lo hicimos sobre la base de consideraciones generales a que nos llevó la apreciación de los fenómenos del sadismo y del masoquismo. Ustedes saben que hablamos de sadismo cuando la satisfacción sexual se anuda a la condición de que el objeto sexual padezca dolores, maltratos y humillaciones, y de masoquismo cuando la necesidad consiste en ser uno mismo ese objeto maltratado. Saben también que cierto ingrediente de ambas aspiraciones es acogido en la relación sexual normal, y que las designamos como perversiones cuando refrenan a las otras metas sexuales y las remplazan por sus propias metas (ver nota(54)). Por otra parte, difícilmente se les escape que el sadismo mantiene un nexo más íntimo con la masculinidad, y el masoquismo con la feminidad, como si existiera aquí un secreto parentesco, si bien debo

decirles enseguida que no hemos avanzado por este camino. Ambos, sadismo y masoquismo, son fenómenos harto enigmáticos para la teoría de la libido, y muy en particular el masoquismo; además, todo es como debe ser si lo que constituyó la piedra del escándalo para una teoría está destinado a proporcionar la piedra angular de la teoría que la sustituya.

Creemos, pues, que en el sadismo y el masoquismo nos las tenemos con dos destacados ejemplos de la mezcla entre ambas clases de pulsión, del Eros con la agresión, y ahora adoptamos el supuesto de que ese nexo es paradigmático, de que todas las mociones pulsionales que podemos estudiar consisten en tales mezclas o aleaciones de las dos variedades de pulsión, desde luego que en las más diversas proporciones. Entonces, las pulsiones eróticas introducirían en la mezcla la diversidad de sus metas sexuales, en tanto que las otras sólo consentirían aminoramientos y matices de su monocorde tendencia. Mediante ese supuesto nos hemos abierto la perspectiva hacia indagaciones que algún día pueden alcanzar gran significación para la inteligencia de procesos patológicos. En efecto, las mezclas pueden también descomponerse, y a tales desmezclas de pulsiones es lícito atribuir las más serias consecuencias para la función. Pero estos puntos de vista son todavía demasiado nuevos; nadie ha intentado hasta hoy aplicarlos en su trabajo (ver nota(55)).

Retrocedamos hasta el problema particular que nos plantea el masoquismo. Prescindamos por el momento de sus componentes eróticos; entonces nos atestigua la existencia de una aspiración que tiene por meta la destrucción de sí. Si respecto de la pulsión de destrucción también es válido que el yo -pero más bien pensamos aquí en el ello, en la persona total- incluye originariamente dentro de sí todas las mociones pulsionales, obtenemos la concepción de que el masoquismo es más antiguo que el sadismo, y este es la pulsión de destrucción vuelta hacia afuera, que así cobra el carácter de la agresión. Algún tanto de la pulsión de destrucción originaria puede permanecer todavía en el interior; parece que sólo podemos percibirla de manera patente bajo estas dos condiciones: que se haya conectado con pulsiones eróticas para formar el masoquismo o que se vuelva hacia el mundo exterior como agresión -con un mayor o menor suplemento erótico- En este punto se nos impone el valor de la posibilidad de que la agresión no pueda hallar satisfacción en el mundo exterior por chocar con impedimentos reales. Si tal sucede, acaso vuelva atrás y multiplique la escala de la autodestrucción que reina en lo interior. Averiguaremos que efectivamente es lo que acontece, y que ese proceso reviste suma importancia. Una agresión impedida parece implicar grave daño; las cosas se presentan de hecho como si debiéramos destruir a otras personas o cosas para no destruirnos a nosotros mismos, para ponernos a salvo de la tendencia a la autodestrucción. ¡Triste revelación, sin duda, para el moralista!

Pero el moralista se consolará todavía por largo tiempo con el carácter improbable de nuestras especulaciones. ¡Rara pulsión esa que se dedicaría a destruir su propia morada orgánica! Sin duda los poetas hablan de tales cosas, pero los poetas son irresponsables, gozan del privilegio de la licencia poética. Es verdad que representaciones parecidas tampoco son ajenas a la fisiología. Por ejemplo: la mucosa gástrica que se digiere a sí misma. Sin embargo, debe concederse que nuestra pulsión de autodestrucción necesita de un basamento más amplio. Es cierto que no puede aventurarse un supuesto de tamaño alcance por el mero hecho de que unos pobres locos hayan anudado su satisfacción sexual a una rara condición. Creo que un estudio profundizado de las pulsiones nos proporcionará lo que nos hace falta. Las pulsiones no rigen sólo la vida anímica, sino también la

vegetativa, y estas pulsiones orgánicas muestran un rasgo que merece nuestro mayor interés (que se trate de un carácter universal de las pulsiones, es algo que sólo más tarde podremos juzgar): se revelan como unos afanes por reproducir un estado anterior. Cabe suponer que en el momento mismo en que uno de esos estados, ya alcanzado, sufre una perturbación, nace una pulsión a recrearlo y produce fenómenos que podemos designar como *compulsión de repetición*. Así, la embriología es toda ella compulsión de repetición; por un vasto ámbito del reino animal se extiende una capacidad para formar de nuevo órganos perdidos, y la pulsión de sanar a la cual debemos nuestras curaciones -unida a nuestros auxilios terapéuticos- quizá sea el resto de esta facultad desarrollada de manera tan grandiosa en los animales inferiores. Las migraciones de los peces para el desove, acaso también las periódicas migraciones de los pájaros, y posiblemente todo lo que en los animales designamos como exteriorización del instinto, se producen bajo el imperio de la compulsión de repetición, que expresa la *naturaleza conservadora* de las pulsiones. Tampoco en el ámbito del alma nos hace falta buscar mucho tiempo sus exteriorizaciones. Nos ha llamado la atención que las vivencias olvidadas y reprimidas de la primera infancia se reproduzcan en el curso del trabajo analítico en sueños y reacciones, en particular las de la transferencia, y ello no obstante que su despertar contraría el interés del principio de placer [cf. págs. 26-81; y nos hemos dado la explicación de que en estos casos una compulsión de repetición se impone incluso más allá del principio de placer. También fuera del análisis es posible observar algo semejante. Hay personas que durante su vida repiten sin enmienda siempre las mismas reacciones en su perjuicio, o que parecen perseguidas por un destino implacable, cuando una indagación más atenta enseña que en verdad son ellas mismas quienes sin saberlo se deparan ese destino. En tales casos adscribimos a la compulsión de repetición el carácter de lo *demoníaco*.

Ahora bien, ¿en qué contribuirá este rasgo conservador de las pulsiones para entender nuestra autodestrucción? ¿Qué estado anterior querría reproducir una pulsión como esta? La respuesta no es muy distante y abre vastas perspectivas. Si es cierto que alguna vez la vida surgió de la materia inanimada -en una época inimaginable y de un modo irrepresentable-, tiene que haber nacido en ese momento, de acuerdo con nuestra premisa, una pulsión que quisiera volver a cancelarla, reproducir el estado inorgánico. Y si ahora pasamos a discernir en esa pulsión la autodestrucción que habíamos supuesto, estamos autorizados a concebir esta última como expresión de una pulsión *de muerte* que no puede estar ausente de ningún proceso vital. Entonces las pulsiones en que nosotros creemos se nos separan en estos dos grupos: las eróticas, que quieren aglomerar cada vez más sustancia viva en unidades mayores, y las pulsiones de muerte, que contrarían ese afán y reconducen lo vivo al estado inorgánico. De la acción eficaz conjugada y contraria de ambas surgen los fenómenos de la vida, a que la muerte pone término.

Acaso digan ustedes, encogiéndose de hombros: «Esto no es ciencia de la naturaleza, es filosofía schopenhaueriana». Pero, ¿por qué, señoras y señores, un pensador audaz no podría haber colegido lo que luego una laboriosa y sobria investigación de detalle confirmaría? Además, todo ya se dijo alguna vez, y muchos dijeron cosas semejantes antes de Schopenhauer. Y por otra parte, lo que decimos ni siquiera es en verdad lo que afirma Schopenhauer. No aseveramos que la muerte sea la meta única de la vida; no dejamos de ver, junto a la muerte, la vida. Admitimos dos pulsiones básicas, y dejamos a cada una su propia meta. Averiguar cómo se mezclan ambas en el proceso vital, cómo la pulsión de muerte es puesta al servicio de los propósitos de Eros, sobre todo en su vuelta hacia afuera en calidad de agresión, he ahí unas tareas reservadas a la investigación futura. No damos

un paso más allá del punto en que esa perspectiva se abre ante nosotros. También debemos dejar sin respuesta otros problemas: si el carácter conservador acaso no es propio de todas las pulsiones sin excepción, si también las pulsiones eróticas querrían restaurar un estado anterior toda vez que aspiran a la síntesis de lo vivo en unidades mayores (ver nota(56)).

Nos hemos distanciado un poco de nuestra base. Con posterioridad, pues, quiero comunicarles cuál fue el punto de partida de estas reflexiones sobre la doctrina de las pulsiones; es el mismo que nos llevó a revisar el vínculo entre el yo y lo inconciente: la impresión, derivada del trabajo analítico, de que el paciente, que ofrece la resistencia, muchísimas veces nada sabe de ella. Y no sólo el hecho de la resistencia, le es inconciente; también los motivos de ella. Nos vimos precisados a investigar esos motivos o ese motivo, y lo hallamos, para nuestra sorpresa, en una intensa necesidad de castigo que sólo podíamos clasificar entre los deseos masoquistas. El valor práctico de este descubrimiento no es menor que el teórico, pues esa necesidad de castigo es el peor enemigo de nuestro empeño terapéutico. Se satisface con el padecimiento que la neurosis conlleva, y por eso se aferra a la condición de enfermo. Al parecer, este factor, la necesidad inconciente de castigo, interviene en toda contracción de neurosis. Acerca de esto, producen cabal convicción los casos en que el padecimiento neurótico admite ser relevado por uno de otra índole. Les informaré sobre una de estas experiencias.

Yo había conseguido librar a una señorita mayor del complejo sintomático que durante unos quince años la condenara a una existencia torturada, excluyéndola de toda participación en la vida social. Se sintió entonces sana, y se lanzó a una febril actividad para desarrollar sus no escasos talentos y procurarse una cuota de reconocimiento, de goce y de éxito. Pero todos sus intentos terminaban del siguiente modo: le hacían saber, y ella misma lo veía, que ya tenía demasiada edad para obtener algo en ese campo. Tras cada uno de esos desenlaces, la recaída en la enfermedad habría sido lo inmediato; pero ella ya no logró volver a producirla. En lugar de ello le ocurrían unos accidentes que la radiaban de la actividad durante un tiempo y la hacían padecer. Por ejemplo, se caía y se torcía un pie o lastimaba una rodilla, o debido a algún menester se dañaba una mano. Tras llamársele la atención sobre lo mucho que ella misma contribuía a esos aparentes percances, cambió por así decir de técnica. En lugar de los accidentes le sobrevinieron, a raíz de las mismas ocasiones, enfermedades leves, catarros, anginas, estados gripales, inflamaciones reumáticas, hasta que por fin todo el espectro se esfumó cuando decidió resignarse.

Creemos que no hay, ninguna duda acerca del origen de esta necesidad inconciente de castigo. Se comporta como un fragmento de la conciencia moral, como la continuación de nuestra conciencia moral en lo inconciente; por tanto, ha de tener el mismo origen que esta y corresponder a una porción de agresión interiorizada y asumida por el superyó. Si las palabras armonizaran mejor, para todos los fines prácticos estaría justificado llamarla «sentimiento inconciente de culpa». En cuanto a la teoría, en verdad dudamos sobre si debemos suponer que toda la agresión que regresa desde el mundo exterior es ligada por el superyó y vuelta así contra el yo, o bien que una parte de ella ejercita su actividad muda y ominosa {*unheimlich*} como pulsión de destrucción libre en el yo y el ello. Más probable es una distribución como la indicada en último término, pero no sabemos nada más sobre esto. En la institución primera del superyó, es indudable que para dotación de esa instancia se empleó aquel fragmento de agresión hacia los padres que el niño no pudo descargar hacia afuera a consecuencia de su fijación de amor, así como de las dificultades externas;

por eso no necesariamente la severidad del superyó se encontrará en una correspondencia simple con el rigor de la educación.. Es muy posible que a raíz de ocasiones posteriores para sofocar la agresión, la pulsión tome el mismo camino que se le abrió en aquel punto temporal decisivo.

Las personas en quienes es hiperpotente ese sentimiento inconciente de culpa se delatan en el tratamiento analítico por la reacción terapéutica negativa, de tan mal pronóstico (ver nota(57)).

Cuando se les comunica la solución de un síntoma, tras lo cual normalmente debería sobrevenir su desaparición al menos temporaria, lo que con ellas se consigue es, al contrario, un refuerzo momentáneo del síntoma y del padecimiento. A menudo basta con elogiarles su comportamiento en la cura, pronunciar algunas palabras de esperanza en los progresos del análisis, para provocarles un inequívoco empeoramiento de su estado. Los no analistas dirían que les falta la «voluntad de curarse»; de acuerdo con el pensamiento analítico, deben ver ustedes en esa conducta una exteriorización del sentimiento inconciente de culpa, al cual se acomoda bien, justamente, la condición de enfermo con su padecimiento y sus impedimentos. Los problemas desenvueltos a partir del sentimiento inconciente de culpa, sus nexos con la moral, la pedagogía, la criminalidad y el desamparo social, constituyen hoy el campo de trabajo predilecto de los psicoanalistas (ver nota(58)).

Por un lugar inesperado hemos irrumpido en la plaza pública desde el mundo psíquico subterráneo. No puedo conducirlos más adelante, pero antes de despedirme de ustedes hasta la próxima ocasión he de demorarlos todavía con una ilación de pensamiento. Solemos decir que nuestra cultura se ha edificado a expensas de las aspiraciones sexuales, que son inhibidas por la sociedad, en parte sin duda reprimidas, pero en otra parte utilizadas para nuevas metas. También, y a pesar de todo el orgullo que nos inspiran nuestros logros culturales, hemos confesado que no nos resulta fácil cumplir los requerimientos de esa cultura, sentirnos bien dentro de ella, porque las limitaciones pulsionales que se nos imponen significan para nosotros una gravosa carga psíquica. Pues bien; lo que discernimos acerca de las pulsiones sexuales vale de igual modo, y quizás en mayor medida aún, respecto de las otras, las pulsiones de agresión. Son sobre todo ellas las que dificultan la convivencia humana y amenazan su perduración; que limite su agresión es el primer sacrificio, y acaso el más duro, que la sociedad tiene que pedir al individuo. Hemos averiguado la ingeniosa manera en que se consume ese domeñamiento del díscolo. La institución del superyó, que atrae hacia sí las peligrosas mociones agresivas, establece por así decir una guarnición militar *{Besatzung}* en los lugares inclinados a la revuelta.

Pero, por otra parte, y considerado ello desde el punto de vista puramente psicológico, es preciso confesar que el yo no se siente bien cuando así se lo sacrifica a las necesidades de la sociedad, cuando tiene que someterse a las tendencias destructivas de la agresión que de buena gana habría dirigido contra otros. Es como una continuación, en el campo psíquico, de aquel dilema entre comer y ser comido que domina el mundo orgánico. Por suerte, las pulsiones agresivas nunca están solas, sino siempre ligadas con las eróticas. Estas últimas tienen mucho para mitigar y prevenir en las condiciones de la cultura creada por el hombre (ver nota(59)).

33ª conferencia.

La feminidad

(Ver nota(60))

Señoras y señores: Todo el tiempo en que me preparaba para hablarles luché con una dificultad interior. No me siento seguro de mi buen derecho, por así decir. Es verdad que el psicoanálisis ha cambiado y se ha enriquecido en los últimos quince años de trabajo, pero por eso mismo una introducción al psicoanálisis podría quedar intacta y sin complementos. De continuo me acude la idea de que estas conferencias carecen de justificación. A los analistas les digo demasiado poco, y nada, pero nada, nuevo; en cambio, a ustedes les digo demasiado, y cosas tales para cuya comprensión no están preparados, y no son adecuadas para ustedes. He estado al acecho de cada excusa que se me presentaba, y pretendí justificar cada una de las conferencias con un fundamento diferente. La primera, sobre la teoría del sueño, estaba destinada a volver a situarlos de un golpe en medio de la atmósfera analítica y a mostrarles cuán sólidas han demostrado ser nuestras intuiciones. A abordar la segunda, que marcha por el sendero que lleva desde el sueño hacia el llamado ocultismo, me incitó la oportunidad de decir mi palabra imparcial sobre un campo de trabajo en que hoy combaten entre sí expectativas prejuiciosas y resistencias apasionadas, y tenía derecho a esperar que el juicio de ustedes, educado para la tolerancia en el ejemplo del psicoanálisis, no se rehusaría a acompañarme en esa excursión. La tercera conferencia, sobre la descomposición de la personalidad, les planteó sin duda las más rigurosas exigencias, tan extraño era su contenido; pero yo no podía mantenerles en reserva ese primer esbozo de psicología del yo, y si lo hubiéramos poseído quince años atrás, ya entonces habría debido mencionárselo. Por fin, la última conferencia, que ustedes probablemente sólo pudieron seguir con gran trabajo, aportó rectificaciones necesarias, nuevos intentos de solucionar los más importantes enigmas, y si yo hubiera callado sobre eso, mi ensayo de introducirlos *{Einführung}* a ustedes se habría convertido en uno de extraviarlos *{Irreführung}*. Ya ven: cuando uno se pone a disculparse, termina por afirmar que todo era inevitable, todo era fatal, Me avengo a ello; les ruego que lo hagan también.

En cuanto a la conferencia de hoy, no debiera tener cabida en una introducción, pero acaso les sirva como muestra de un trabajo analítico de detalle, y puedo decir dos cosas para recomendarla. No ofrece nada más que hechos observados, casi sin añadido de especulación, y se ocupa de un tema que posee títulos para atraer el interés de ustedes como difícilmente otro los tenga. El enigma de la feminidad ha puesto cavilosos a los hombres de todos los tiempos:

*«Cabezas con gorros jeroglíficos,
cabezas de turbante, otras de negra birreta,
cabezas con peluca, y millares
de pobres, traspiradas cabezas humanas ... »*

(Ver nota(61))

Tampoco ustedes, sí son varones, estarán a salvo de tales quebraderos de cabeza; de las mujeres presentes, no se espera que sean tal enigma para sí mismas. Masculino y femenino es la primera diferencia que ustedes hacen cuando se encuentran con otro ser humano, y están habituados a establecerla con resuelta certidumbre. La ciencia anatómica comparte esa certidumbre en un punto, pero no mucho más. Masculino es el producto genésico masculino, el espermatozoide, y su portador; femenino, el óvulo y el organismo que lo alberga. En ambos sexos se han formado órganos que sirven exclusivamente a las funciones genésicas, y es probable que se hayan desarrollado a partir de una misma disposición en dos diferentes configuraciones. Además, los otros órganos, las formas del cuerpo y los tejidos se muestran en ambos influidos por el sexo, pero de manera inconstante y en medida variable; son los llamados «caracteres sexuales secundarios». Luego la ciencia les dice otra cosa que contraría sus expectativas y es probablemente apta para confundir sus sentimientos. Les hace notar que partes del aparato sexual masculino se encuentran también en el cuerpo de la mujer, si bien en un estado de atrofia, y lo mismo es válido para el otro sexo. Ella ve en este hecho el indicio de una *bisexualidad*(62), como si el individuo no fuera varón o mujer, sino ambas cosas en cada caso, sólo que más lo uno que lo otro. Entonces se los exhortará a ustedes a familiarizarse con la idea de que la proporción en que lo masculino y lo femenino se mezclan en el individuo sufre oscilaciones muy notables. Pero como, a pesar de ello y prescindiendo de casos rarísimos, en una persona está presente sólo una clase de productos genésicos -óvulos o células de semen-, no podrán ustedes menos que desconcertarse en cuanto al valor decisivo de estos elementos y extraer la conclusión de que aquello que constituye la masculinidad o la feminidad es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender.

¿Podrá hacerlo la psicología? Estamos habituados a usar «masculino» y «femenino» también como cualidades anímicas, y de igual modo hemos trasferido el punto de vista de la bisexualidad a la vida anímica. Decimos entonces que un ser humano, sea macho o hembra, se comporta en este punto masculina y en estotro femeninamente. Pero pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención. No es posible dar *ningún* contenido nuevo a los conceptos de masculino y femenino. Ese distingo no es psicológico; cuando ustedes dicen «masculino», por regla general piensan en «activo», y en «pasivo» cuando dicen «femenino». Es cierto que existe una relación así. La célula genésica masculina se mueve activamente, busca a la femenina, y el óvulo permanece inmóvil, aguardando de manera pasiva. Y aun esta conducta de los organismos genésicos elementales es paradigmática para el comportamiento de los individuos en el comercio sexual. El macho persigue a la hembra con el fin de la unión sexual, la apresa y penetra en ella. Pero así habrán reducido ustedes, para la psicología, el carácter de lo masculino al factor de la agresión. Y empezarán a dudar de haber dado con algo esencial si piensan que en muchas clases de animales las hembras son las más fuertes y agresivas, y los machos son activos exclusivamente en el acto de la unión sexual. Tal sucede, por ejemplo, en las arañas. Las funciones de la crianza, que nos parecen por excelencia femeninas, tampoco se asocian entre los animales de una manera regular con el sexo femenino. En especies muy adelantadas en la escala zoológica se observa que los sexos se distribuyen la tarea de la cría, o aun sólo el macho se consagra a ella. También en el

campo de la vida sexual humana notarán enseguida cuán insuficiente es hacer corresponder conducta masculina con actividad, y femenina con pasividad. La madre es en todo sentido activa hacia el hijo, y hasta respecto del acto de mamar puede decirse tanto que ella da de mamar al niño cuanto que lo deja mamar de ella. Y mientras más se alejen del ámbito estrictamente sexual, más nítido se les volverá ese error de superposición» (ver nota(63)). Las mujeres pueden desplegar gran actividad en diversas direcciones, y los varones no pueden convivir con sus iguales si no desarrollan un alto grado de docilidad pasiva. Si ahora me adujeran que justamente esos hechos contendrían la prueba de que tanto varones como mujeres son bisexuales en sentido psicológico, yo inferiría que se han decidido de manera tácita a hacer coincidir «activo» con «masculino» y «pasivo» con «femenino». Pero se los desaconsejo. Me parece inadecuado y no aporta ningún discernimiento nuevo (ver nota(64)).

Podría intentarse caracterizar psicológicamente la feminidad diciendo que consiste en la predilección por metas pasivas. Desde luego, esto no es idéntico a pasividad; puede ser necesaria una gran dosis de actividad para alcanzar una meta pasiva. Quizás ocurra que desde el modo de participación de la mujer en la función sexual se difunda a otras esferas de su vida la preferencia por una conducta pasiva y unas aspiraciones de meta pasiva, en extensión variable según el imperio limitado o vasto de ese paradigma que sería su vida sexual. No obstante, debemos cuidarnos de pasar por alto la influencia de las normas sociales, que de igual modo esfuerzan a la mujer hacia situaciones pasivas. Todo esto es todavía muy oscuro. No descuidaremos la existencia de un vínculo particularmente constante entre feminidad y vida pulsional. Su propia constitución le prescribe a la mujer sofocar su agresión, y la sociedad se lo impone; esto favorece que se plasmen en ella intensas mociones masoquistas, susceptibles de ligar eróticamente las tendencias destructivas vueltas hacia adentro. El masoquismo es entonces, como se dice, auténticamente femenino. Pero si, como ocurre con tanta frecuencia, se topan ustedes con el masoquismo en varones, ¿qué otra cosa les resta sí no decir que estos varones muestran rasgos femeninos muy nítidos?

Ahora ya están ustedes preparados para que tampoco la psicología resuelva el enigma de la feminidad. Ese esclarecimiento, en efecto, tiene que venir de otro lado, y no se obtendrá hasta que no averigüemos cómo ha nacido, en general, la diferenciación del ser vivo en dos sexos. Nada sabemos sobre eso, a pesar de que la división en dos sexos es un carácter harto llamativo de la vida orgánica, que la separa tajantemente de la naturaleza inanimada. Entretanto, tenemos abundante materia de estudio en los individuos humanos que por la posesión de genitales femeninos se caracterizan como pertenecientes a ese sexo de una manera manifiesta o predominante. Pues bien; el psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer -una tarea de solución casi imposible para él-, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual. Algo hemos averiguado sobre esto en los últimos tiempos, merced a la circunstancia de que varias de nuestras distinguidas colegas han comenzado a elaborar esta cuestión en el análisis. La discusión sobre ella cobró particular atractivo en virtud de la diferencia misma entre los sexos; en efecto, cada vez que una comparación parecía resultar desfavorable a su sexo, nuestras damas podían exteriorizar la sospecha de que nosotros, los analistas varones, no habíamos podido superar ciertos prejuicios hondamente arraigados contra la feminidad y lo pagábamos con el carácter parcial de nuestra investigación. Y a nosotros nos resultaba fácil, situándonos en el terreno de la bisexualidad, evitar toda descortesía. No teníamos más que decir: «Eso no es válido para

ustedes; son una excepción, más masculinas que femeninas en este punto».

Abordamos la indagación del desarrollo sexual femenino con dos expectativas. La primera, que tampoco en este caso la constitución ha de plegarse sin renuencia a la función; la segunda, que los cambios decisivos ya se habrán encaminado o consumado antes de la pubertad. Ambas se confirman pronto. Además, una comparación con las constelaciones estudiadas en el varón nos dice que el desarrollo de la niña pequeña hasta la mujer normal es más difícil y complicado, pues incluye dos tareas adicionales que no tienen correlato alguno en el desarrollo del varón. Persigamos los paralelismos desde el comienzo. Por supuesto, ya el material mismo difiere entre el varón y la niña; no hace falta ningún psicoanálisis para comprobarlo. La diferencia en la conformación de los genitales es acompañada por otras desemejanzas corporales demasiado conocidas para que sea preciso mencionarlas. También surgen diferencias en la disposición pulsional, que permiten vislumbrar la posterior naturaleza de la mujer. La niña pequeña es por regla general menos agresiva y porfiada, se basta menos a sí misma, parece tener más necesidad de que se le demuestre ternura, y por eso ser más dependiente y dócil. El hecho de que se la pueda educar con mayor facilidad y rapidez para el gobierno de las excreciones no es, probablemente, sino la consecuencia de aquella docilidad; en efecto, la orina y las heces son los primeros regalos que el niño hace a las personas que lo cuidan, y su gobierno es la primera concesión que puede arrancarse a la vida pulsional infantil. También se recibe la impresión de que la niña pequeña es más inteligente y viva que el varoncito de la misma edad, que se muestra más solícita hacia el mundo exterior, y que sus investiduras de objeto poseen mayor intensidad que las de aquel. No sé si este adelanto en el desarrollo se ha comprobado mediante observaciones exactas, pero lo cierto es que no puede atribuirse a la niña un retraso intelectual. Sin embargo, esas diferencias entre los sexos no cuentan mucho, pueden ser contrarrestadas por variaciones individuales. Para nuestros propósitos inmediatos podemos dejarlas de lado.

Los dos sexos parecen recorrer de igual modo las primeras fases del desarrollo libidinal. Habría podido esperarse que ya en la fase sádico-anal se exteriorizara en la niña pequeña un rezago de la agresión, pero no es así. El análisis del juego infantil ha mostrado a nuestras analistas mujeres que los impulsos agresivos de las niñas no dejan nada que desear en materia de diversidad y violencia. Con el ingreso en la fase fálica, las diferencias entre los sexos retroceden en toda la línea ante las concordancias. Ahora tenemos que admitir que la niña pequeña es como un pequeño varón. Según es sabido, esta fase se singulariza en el varoncito por el hecho de que sabe procurarse sensaciones placenteras de su pequeño pene, y conjuga el estado de excitación de este con sus representaciones de comercio sexual. Lo propio hace la niña con su clítoris, aún más pequeño. Parece que en ella todos los actos onanistas tuvieran por teatro este equivalente del pene, y que la vagina, genuinamente femenina, fuera todavía algo no descubierto para ambos sexos. Es cierto que algunas voces aisladas informan acerca de sensaciones vaginales prematuras, pero no parece fácil distinguir las de sensaciones en el ano o el vestíbulo; en ningún caso pueden desempeñar gran papel. Ello nos autoriza a establecer que en la fase fálica de la niña el clítoris es la zona erógena rectora. Pero no está destinada a seguir siéndolo; con la vuelta hacia la feminidad el clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su valor, y esta sería una de las dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar, mientras que el varón, con más suerte, no necesita sino continuar en la época de su madurez sexual lo que ya había ensayado durante su temprano florecimiento sexual.

Hemos de volver luego sobre el papel del clítoris; consideremos ahora la segunda tarea que gravita sobre el desarrollo de la niña. El primer objeto de amor del varoncito es la madre, quien lo sigue siendo también en la formación del complejo de Edipo y, en el fondo, durante toda la vida. También para la niña tiene que ser la madre -y las figuras del ama y la niñera, que se fusionan con ella- el primer objeto; en efecto, las primeras investiduras de objeto se producen por apuntalamiento en la satisfacción de las grandes y simples necesidades vitales (ver nota(65)), y las circunstancias de la crianza son las mismas para los dos sexos. Ahora bien, en la situación edípica es el padre quien ha devenido objeto de amor para la niña, y esperamos que en un desarrollo de curso normal esta encuentre, desde el objeto-padre, el camino hacia la elección definitiva de objeto. Por lo tanto, con la alternancia de los períodos la niña debe trocar zona erógena y objeto, mientras que el varoncito retiene ambos. Así nace el problema de averiguar cómo ocurre esto y, en particular, cómo pasa la niña de la madre a la ligazón con el padre o, con otras palabras, de su fase masculina a la femenina, que es su destino biológico.

En este punto conseguiríamos una solución ideal por su simplicidad si estuviéramos autorizados a suponer que a partir de determinada edad rige el influjo elemental de la atracción recíproca entre los sexos, que esforzaría a la mujercita hacia el varón, mientras que la misma ley permitiría al varoncito perseverar en la madre. Y aun cabría conjeturar que los niños siguen en esto las señales que les imparte la predilección sexual de sus progenitores. Pero no nos será deparada una tan fácil solución; ni siquiera sabemos si nos es lícito creer en serio en ese misterioso poder, ya no susceptible de descomposición analítica, que tanto entusiasma a los poetas. Laboriosas indagaciones nos han proporcionado una información de tipo muy diverso, para la cual al menos es fácil procurarse el material. Es esta: ustedes saben que es muy grande el número de mujeres que hasta épocas tardías permanecen en la dependencia tierna respecto del objeto-padre, y aun del padre real. En tales mujeres de intensa y duradera ligazón-padre hemos hecho sorprendentes comprobaciones. Sabíamos, desde luego, que había existido un estadio previo de ligazón-madre, pero no sabíamos que pudiera poseer un contenido tan rico, durar tanto tiempo, dejar como secuela tantas ocasiones para fijaciones y predisposiciones. Durante ese período el padre es sólo un fastidioso rival; en muchos casos la ligazón-madre dura hasta pasado el cuarto año. Casi todo lo que más tarde hallamos en el vínculo con el padre preexistió en ella, y fue transferido de ahí al padre. En suma, llegamos al convencimiento de que no se puede comprender a la mujer si no se pondera esta fase de la *ligazón-madre preedípica*.

Ahora queremos saber cuáles son los vínculos libidinosos de la niña con la madre. He aquí la respuesta: son muy diversos. Puesto que atraviesan por las tres fases de la sexualidad infantil, cobran los caracteres de cada una de ellas, se expresan mediante deseos orales, sádico-anales y fálicos. Esos deseos subrogan tanto mociones activas como pasivas; si se los refiere -cosa que debe evitarse en lo posible- a la diferenciación entre los sexos, cuya emergencia es posterior, se los puede llamar masculinos y femeninos. Además, son por completo ambivalentes, tanto de naturaleza tierna como hostil-agresiva. Estos últimos suelen salir a la luz únicamente después que han sido mudados en representaciones de angustia. No siempre es fácil pesquisar la formulación de estos tempranos deseos sexuales; el que se expresa con mayor nitidez es el de hacerle un hijo a la madre, así como su correspondiente, el de parirle un hijo, ambos pertenecientes al período fálico, bastante extraños, pero comprobados fuera de duda por la observación analítica. El atractivo de estas indagaciones reside en los sorprendentes descubrimientos que nos proporcionan. Por

ejemplo, ya en este período preedípico se descubre, referida a la madre, la angustia de ser asesinado o envenenado, que más tarde puede constituir el núcleo de una paranoia. O este otro caso: Recuerdan ustedes un interesante episodio de la historia de la investigación analítica que me hizo pasar muchas horas penosas. En la época en que el principal interés se dirigía al descubrimiento de traumas sexuales infantiles, casi todas mis pacientes mujeres me referían que habían sido seducidas por su padre. Al fin tuve que llegar a la intelección de que esos informes eran falsos, y así comprendí que los síntomas histéricos derivan de fantasías, no de episodios reales. Sólo más tarde pude discernir en esta fantasía de la seducción por el padre la expresión del complejo de Edipo típico en la mujer. Y ahora reencontramos la fantasía de seducción en la prehistoria preedípica de la niña, pero la seductora es por lo general la madre. Empero, aquí la fantasía toca el terreno de la realidad, pues fue efectivamente la madre quien a raíz de los menesteres del cuidado corporal provocó sensaciones placenteras en los genitales, y acaso hasta las despertó por vez primera (ver nota(66)).

No dudo de que estarán prestos a sospechar que es recargada esta pintura de la riqueza y la intensidad de los vínculos sexuales de la niña pequeña con su madre. Cada quien tiene oportunidad de ver niñas pequeñas y no les nota nada parecido. Pero la objeción no es válida; es posible ver en los niños hartas cosas si se sabe observarlos, y, además, reparen ustedes en lo poco que el niño puede expresar o aun comunicar sobre sus deseos sexuales. No hacemos entonces sino valerlos de un buen derecho si estudiamos con posterioridad los residuos y consecuencias de ese universo de sentimientos en personas en quienes esos procesos de desarrollo han alcanzado una plasmación particularmente nítida o hasta hipertrófica. En efecto, la patología nos ha prestado siempre el servicio de darnos a conocer por aislamiento y exageración constelaciones que en la normalidad habrían permanecido ocultas. Y como nuestras indagaciones en modo alguno se realizaron en personas que padecieran una anormalidad grave, yo creo que estamos autorizados a considerar fidedignos sus resultados.

Dirijamos ahora nuestro interés a este problema preciso: ¿A raíz de qué, pues, se va a pique {se va al fundamento} esta potente ligazón-madre de la niña? Sabemos que ese es su destino habitual: está destinada a dejar sitio a la ligazón-padre. Tropezamos entonces con un hecho que nos indica el camino a seguir. En este paso del desarrollo no se trata de un simple cambio de vía del objeto. El extrañamiento respecto de la madre se produce bajo el signo de la hostilidad, la ligazón-madre acaba en odio. Ese odio puede ser muy notable y perdurar toda la vida, puede ser cuidadosamente sobrecompensado más tarde; por lo común una parte de él se supera y otra permanece. Sobre esto ejercen fuerte influencia, desde luego, los episodios de años posteriores. Pero limitémonos a estudiarlo en la época de la vuelta hacia el padre y a indagar sus motivaciones. Escuchamos entonces una larga lista de acusaciones y cargos contra la madre, destinados a justificar los sentimientos hostiles del niño; son de muy diverso valor, cuya ponderación no omitiremos. Muchos son racionalizaciones manifiestas; queda a nuestro cargo hallar las fuentes reales de la hostilidad. Ahora he de guiarlos por todos los detalles de una indagación psicoanalítica; espero que esto les interesará mucho.

De esos reproches a la madre, el que se remonta más atrás es el de haber suministrado poca leche al niño, lo cual es explicitado como falta de amor. Ahora bien, en nuestras familias este reproche tiene cierta justificación. A menudo las madres no poseen alimento suficiente para el niño y se limitan a amamantarlo algunos meses, medio año o tres

trimestres. Entre pueblos primitivos, los niños son alimentados en el pecho materno hasta los dos o tres años. La figura de la nodriza nutricia se fusiona por lo común con la de la madre; cuando esto no acontece, el reproche se muda en este otro: que la madre despidió demasiado pronto a la nodriza, quien alimentaba al niño con tan buena disposición. Pero cualquiera que haya sido la situación real, es imposible que el reproche del hijo esté justificado tantas veces como se lo encuentra. Parece más bien que el ansia del niño por su primer alimento es lisa y llanamente insaciable, y que nunca se consoló de la pérdida del pecho materno. No me sorprendería nada que el análisis de un primitivo, pese a que este tiene permitido mamar del pecho materno cuando ya puede correr y hablar, sacara a la luz el mismo reproche.

Hasta es probable que la angustia de envenenamiento tenga íntima relación con el destete. Veneno es el alimento que a uno le hace mal. Acaso el niño atribuya sus primeras enfermedades a esa denegación. Es que hace falta ya una buena dosis de adiestramiento intelectual para creer en el azar; el primitivo, el ignorante, y sin duda también el niño, saben indicar una razón para todo lo que sucede. Quizás originariamente fue un motivo en el sentido del animismo. Todavía hoy, en muchos estratos de nuestra población no puede morir nadie sin que se crea que fue asesinado por otro, de preferencia el médico. Y la reacción neurótica regular ante la muerte de una persona allegada es, también, la autoinculpación de que uno mismo ha causado esa muerte.

La próxima acusación a la madre se aviva cuando el siguiente hijo aparece en su cuna. Si es posible, retiene el nexo con la denegación oral. La madre no quiso o no pudo dar más leche al niño porque necesitaba el alimento para el recién llegado. En los casos en que los niños se llevan tan poca diferencia de edad que la segunda gravidez interfiere la lactancia, este reproche cobra por cierto una base real y, asombrosamente, ni siquiera con una diferencia de sólo 11 meses es el niño demasiado joven para percatarse de la situación. Pero el amamantamiento no es lo único que enemista al niño con el indeseado intruso y rival; igual efecto traducen todos los otros signos del cuidado materno. Se siente destronado, despojado, menoscabado en sus derechos,

arroja un odio celoso sobre el hermanito y desarrolla hacia k. madre infiel una inquina que muy a menudo se expresa en una desagradable alteración de su conducta. Se vuelve acaso «díscolo», irritable, desobediente, e involuciona en sus conquistas sobre el gobierno de las excreciones. Todo esto es sabido desde hace mucho tiempo y se acepta como evidente, pero es raro que nos formemos la representación cabal de la intensidad de esas mociones celosas, de la tenacidad con que permanecen adheridas, así como de la magnitud de su influjo sobre el desarrollo posterior; en particular, porque esos celos reciben continuo alimento en los años siguientes de la niñez, y toda la conmoción se repite con cada nuevo hermanito. No cambia mucho las cosas que el niño siga siendo el preferido de la madre; las exigencias de amor de los niños no tienen medida, exigen exclusividad, no admiten ser compartidas.

Una rica fuente para la hostilidad del niño hacia su madre la proporcionan sus múltiples deseos sexuales, variables de acuerdo con la fase libidinal, y que casi nunca pueden ser satisfechos. La más intensa de estas denegaciones se produce en el período fálico, cuando la madre prohíbe el quehacer placentero en los genitales -a menudo con duras amenazas y todos los signos del disgusto-, hacia el cual, empero, ella misma había orientado al niño. Uno creería que son motivos suficientes para fundar el extrañamiento de la niña respecto

de su madre. Se juzgaría, entonces, que esa discordia se sigue inevitablemente de la naturaleza de la sexualidad infantil, lo desmedido de las exigencias de amor y la imposibilidad de cumplir los deseos sexuales. O se podría pensar que este primer vínculo de amor del niño está condenado al sepultamiento justamente porque es el primero, pues esas tempranas investiduras de objeto son por lo general ambivalentes en alto grado; junto al amor intenso está siempre presente una intensa inclinación agresiva, y cuanto más apasionadamente ame el niño a su objeto, tanto más sensible se volverá para los desengaños y denegaciones de su parte. Al fin, el amor tendrá que sucumbir a la hostilidad acumulada. O bien uno puede desautorizar esa ambivalencia originaria de las investiduras de amor y apuntar que es la particular naturaleza de la relación madre-hijo la que con igual inevitabilidad lleva a la perturbación del amor infantil, pues aun la educación más blanda no puede hacer otra cosa que ejercer compulsión e introducir limitaciones, y cada una de estas intromisiones en su libertad tiene que producir en el niño, como reacción, la inclinación a rebelarse y agredir. Creo que el examen de estas posibilidades podría volverse muy interesante, pero interviene de pronto una objeción que empuja nuestro interés hacia otro rumbo. Todos estos factores las postergaciones, los desengaños de amor, los celos, la seducción -con la prohibición subsiguiente- adquieren sin duda eficacia también en la relación del varoncito con su madre, pero no son capaces de enajenarlo del objeto-madre. Si no hallamos algo que sea específico para la niña y no se presente en el varoncito, o no lo haga de igual modo, no habremos explicado el desenlace de la ligazón-madre en aquella.

Creo que hemos hallado ese factor específico, y por cierto donde esperábamos hallarlo, si bien en forma sorprendente. Donde esperábamos hallarlo, digo, pues reside en el complejo de castración. Y en efecto, la diferencia anatómica [entre los sexos] no puede menos que imprimirse en consecuencias psíquicas. Pero fue una sorpresa enterarse, por los análisis, que la muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio.

Como lo oyen, también a la mujer le atribuimos un complejo de castración. Y con buen fundamento; pero no puede tener el mismo contenido que en el varón. En este, el complejo de castración nace después que por la visión de unos genitales femeninos se enteró de que el miembro tan estimado por él no es complemento necesario del cuerpo. Entonces se acuerda de las amenazas que se atrajo por ocuparse de su miembro, empieza a prestarles creencia, y a partir de ese momento cae bajo el influjo de la *angustia de castración*, que pasa a ser el más potente motor de su ulterior desarrollo. El complejo de castración de la niña se inicia, asimismo, con la visión de los genitales del otro sexo. Al punto nota la diferencia y -es preciso admitirlo- su significación. Se siente gravemente perjudicada, a menudo expresa que le gustaría «tener también algo así», y entonces cae presa de la *envidia del pene*, que deja huellas imborrables en su desarrollo y en la formación de su carácter, y aun en el caso más favorable no se superará sin un serio gasto psíquico. Que la niña admita el hecho de su falta de pene no quiere decir que se someta sin más a él. Al contrario, se aferra por largo tiempo al deseo de llegar a tener algo así, cree en esa posibilidad hasta una edad inverosímilmente tardía, y aun en épocas en que su saber de la realidad hace mucho desechó por inalcanzable el cumplimiento de ese deseo, el análisis puede demostrar que se ha conservado en lo inconciente y ha retenido una considerable investidura energética. El deseo de obtener al fin el pene anhelado puede prestar todavía su contribución a los motivos que llevan a la mujer madura al análisis, y lo que razonablemente le cabe esperar de este último (p. ej., la aptitud para ejercer un oficio intelectual) es discernible a menudo como una metamorfosis sublimada de ese deseo

reprimido.

La importancia de la envidia del pene es indudable. Acaso lo juzguen un ejemplo de injusticia masculina si asevero que envidia y celos desempeñan en la vida anímica de las mujeres un papel todavía mayor que en la de los varones. No es que en estos últimos se encuentren ausentes tales cualidades, ni que en las mujeres no tuvieran otra raíz que la envidia del pene; pero nos inclinamos a atribuir a este último influjo el plus que hay en las mujeres. Sin embargo, en muchos analistas ha surgido la tendencia de rebajar el valor de esa primera oleada de envidia del pene dentro de la fase fálica. A su juicio, lo que de esa actitud se encuentra en la mujer es, en lo esencial, una formación secundaria producida en oportunidad de posteriores conflictos por vía de regresión a aquella moción de la primera infancia. Ahora bien, es este un problema general de la psicología de lo profundo. Respecto de muchas actitudes pulsionales patológicas -o aun sólo insólitas-, por ejemplo todas las perversiones sexuales, cabe preguntar cuánto de su intensidad debe atribuirse a fijaciones de la primera infancia y cuánto al influjo de vivencias o desarrollos posteriores. Casi siempre se trata ahí de unas series complementarias como las que supusimos en la elucidación de la etiología de las neurosis (ver nota(67)). Ambos factores participan con proporciones alternas en la causación; una disminución en uno de los lados es compensada por un aumento en el otro. Lo infantil es en todos los casos lo que marca la dirección; no siempre es lo decisivo, pero sí lo es muy a menudo. justamente en el caso de la envidia del pene yo sustentaría sin vacilar la preeminencia del factor infantil.

El descubrimiento de su castración es un punto de viraje en el desarrollo de la niña. De ahí parten tres orientaciones del desarrollo: una lleva a la inhibición sexual o a la neurosis; la siguiente, a la alteración del carácter en el sentido de un complejo de masculinidad, y la tercera, en fin, a la femineidad normal.

Acerca de las tres hemos averiguado bastante, si bien no todo. El contenido esencial de la primera es que la niña pequeña, que hasta ese momento había vivido como varón, sabía procurarse placer por excitación de su clítoris y relacionaba este quehacer con sus deseos sexuales, con frecuencia activos, referidos a la madre, ve estropearse el goce de su sexualidad fálica por el influjo de la envidia del pene. La comparación con el varón, tanto mejor dotado, es una afrenta a su amor propio; renuncia a la satisfacción masturbatoria en el clítoris, desestima su amor por la madre y entonces no es raro que reprima una buena parte de sus propias aspiraciones sexuales. Es cierto que el extrañamiento respecto de la madre no se produce de un golpe, pues la muchacha al comienzo considera su castración como una desventura personal, sólo poco a poco la extiende a otras personas del sexo femenino y, por último, también a la madre. Su amor se había dirigido a la madre fálica; con el descubrimiento de que la madre es castrada se vuelve posible abandonarla como objeto de amor, de suerte que pasan a prevalecer los motivos de hostilidad que durante largo tiempo se habían ido reuniendo. Vale decir, pues, que por el descubrimiento de la falta del pene la mujer resulta desvalorizada tanto para la niña como para el varoncito, y luego, tal vez, para el hombre.

Todos ustedes saben cuán sorprendente valor etiológico conceden nuestros neuróticos a su onanismo. Lo responsabilizan de todos sus achaques y nos da mucho trabajo hacerles creer que están en un error. Pero en verdad deberíamos concederles que tienen razón, pues el onanismo es el poder ejecutivo de la sexualidad infantil, y a ellos justamente los aqueja el fallido desarrollo de esta última. Ahora bien, los neuróticos casi siempre echan la

culpa al onanismo de la pubertad; al de la primera infancia, que es el que en realidad interesa, lo han olvidado las más de las veces. Querría tener algún día la oportunidad de probarles circunstanciadamente la importancia que adquieren todos los detalles fácticos del onanismo temprano para la posterior neurosis o el carácter del individuo: si fue descubierto o no, el modo en que los padres lo combatieron o toleraron, si el niño consiguió sofocarlos por sí mismo. Todo esto deja huellas imperecederas en su desarrollo. Pero más bien me alegra no tener que hacerlo aquí; sería una tarea larga, tediosa, y al final ustedes me pondrían en aprietos porque seguramente me pedirían consejos prácticos acerca de la conducta que uno debe adoptar en calidad de padre o de educador frente al onanismo de los niños pequeños (ver nota(68)). Pues bien; en el desarrollo de la niña, que estoy presentándoles, tienen un ejemplo en que el propio niño se empeña en librarse del onanismo. Pero no siempre lo consigue. Cuando la envidia del pene ha despertado un fuerte impulso contrario al onanismo clitorídeo y este, empero, no quiere ceder, se entabla una violenta lucha por liberarse; en esa lucha la niña asume ella misma, por así decir, el papel de la madre ahora destituida y expresa todo su descontento con el clitoris inferior en la repulsa a la satisfacción obtenida en él. Muchos años después, cuando el quehacer onanista hace largo tiempo que fue sofocado, se continúa un interés que debemos interpretar como defensa contra una tentación que se sigue temiendo. Se exterioriza en la emergencia de una simpatía hacia personas a quienes se atribuyen dificultades parecidas, entra como motivo del casamiento y hasta puede comandar la elección del marido o del compañero en el amor. En verdad, el modo en que se tramite la masturbación de la primera infancia no es asunto fácil ni indiferente.

Con el abandono de la masturbación clitorídea se renuncia a una porción de actividad. Ahora prevalece la pasividad, la vuelta hacia el padre se consume predominantemente con ayuda de mociones pulsionales pasivas. Ya lo disciernen ustedes: tal oleada de desarrollo, que remueve la actividad fálica, allana el terreno a la feminidad. Cuando no es mucho lo que a raíz de ello se pierde por represión, esa feminidad puede resultar normal. El deseo con que la niña se vuelve hacia el padre es sin duda, originariamente, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre. Sin embargo, la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en lugar del pene. No se nos escapa que la niña había deseado un hijo ya antes, en la fase fálica no perturbada; ese era, sin duda alguna, el sentido de su juego con muñecas. Pero ese juego no era propiamente la expresión de su feminidad; servía a la identificación-madre en el propósito de sustituir la pasividad por actividad. jugaba a la madre, y la muñeca era ella misma; entonces podía hacer con el hijo todo lo que la madre solía hacer con ella. Sólo con aquel punto de arribo del deseo del pene, el hijo-muñeca deviene un hijo del padre y, desde ese momento, la más intensa meta de deseo femenina. Es grande la dicha cuando ese deseo del hijo halla más tarde su cumplimiento en la realidad, y muy especialmente cuando el hijo es un varoncito, que trae consigo el pene anhelado. En la expresión compuesta «un hijo del padre», muy a menudo el acento recae sobre el hijo, y no insiste en el padre. Así, el antiguo deseo masculino de poseer el pene sigue trasluciéndose a través de la feminidad consumada. Pero quizá debiéramos ver en este deseo del pene, más bien, un deseo femenino por excelencia.

Con la trasfencia del deseo hijo-pene al padre, la niña ha ingresado en la situación del complejo de Edipo. La hostilidad a la madre' que no necesita ser creada como si fuera algo nuevo, experimenta ahora un gran refuerzo, pues deviene la rival que recibe del padre todo

lo que la niña anhela de él. Por largo tiempo el complejo de Edipo de la niña nos impidió ver esa ligazón-madre preedípica que, sin embargo, es tan importante y deja como secuela fijaciones tan duraderas. Para la niña, la situación edípica es el desenlace de un largo y difícil proceso, una suerte de tramitación provisional, una posición de reposo que no se abandona muy pronto, sobre todo porque el comienzo del período de latencia no está lejos. Y en este punto, en la relación del complejo de Edipo con el de castración, nos salta a la vista una diferencia entre los sexos, probablemente grávida en consecuencias. El complejo de Edipo del varoncito, dentro del cual anhela a su madre y querría eliminar a su padre como rival, se desarrolla desde luego a partir de la fase de su sexualidad fálica. Ahora bien, la amenaza de castración lo constriñe a resignar esta postura {actitud}. Bajo la impresión del peligro de perder el pene, el complejo de Edipo es abandonado, reprimido, en el caso más normal radicalmente destruido, y se instaura como su heredero un severo superyó. Lo que acontece en la niña es casi lo contrario. El complejo de castración prepara al complejo de Edipo en vez de destruirlo; por el influjo de la envidia del pene, la niña es expulsada de la ligazón-madre y desemboca en la situación edípica como en un puerto. Ausente la angustia de castración, falta el motivo principal que había esforzado al varoncito a superar el complejo de Edipo. La niña permanece dentro de él por un tiempo indefinido, sólo después lo deconstruye y aun entonces lo hace de manera incompleta. En tales constelaciones tiene que sufrir menoscabo la formación del superyó, no puede alcanzar la fuerza y la independencia que le confieren su significatividad cultural y ... las feministas no escucharán de buen grado si uno señala las consecuencias de este factor para el carácter femenino medio.

Ahora volvamos atrás: mencionamos como la segunda de las reacciones posibles tras el descubrimiento de la castración femenina el desarrollo de un fuerte complejo de masculinidad. Se quiere significar con esto que, por así decir, la niña se rehusa a reconocer el hecho desagradable; con una empeñada rebeldía carga todavía más las tintas sobre la masculinidad que tuvo hasta entonces, mantiene su quehacer clitorídeo y busca refugio en una identificación con la madre fálica o con el padre. ¿Qué será lo decisivo para este desenlace? No podemos imaginar otra cosa que un factor constitucional, una proporción mayor de actividad, como suele ser característica del macho. Empero, lo esencial del proceso es que en este lugar del desarrollo se evita la oleada de pasividad que inaugura el giro {*Wendung*} hacia la feminidad. Como la operación más extrema de este complejo de masculinidad se nos aparece su influjo sobre la elección de objeto en el sentido de una homosexualidad manifiesta. Es verdad que la experiencia analítica nos enseña que la homosexualidad femenina rara vez o nunca continúa en línea recta a la masculinidad infantil. Parece deberse a que también esas muchachas toman por objeto al padre durante cierto lapso y se internan en la situación edípica. Pero luego son esforzadas a regresar a su anterior complejo de masculinidad en virtud de las infaltables desilusiones con el padre. No es lícito sobrestimar el valor de tales desengaños; tampoco le son ahorrados a la niña destinada a la feminidad, y en ella no producen igual resultado. El hiperpoder del factor constitucional parece indiscutible, pero las dos fases del desarrollo de la homosexualidad femenina se reflejan muy claramente en las prácticas de las homosexuales, que con la misma frecuencia e igual nitidez desempeñan los papeles de madre e hija como los de varón y mujer.

Lo que acabo de referirles es, por llamarlo así, la prehistoria de la mujer. Es una adquisición de estos últimos años, y acaso les resultó interesante como muestra de un trabajo analítico de detalle. Puesto que el tema es la mujer misma, me permito mencionar

esta vez algunos nombres propios de mujeres a quienes esta indagación debe contribuciones importantes. La doctora Ruth Mack Brunswick [1928b] fue la primera en describir un caso de neurosis que se remontaba a una fijación al estadio preedípico y no había alcanzado en modo alguno la situación edípica. Tenía la forma de una paranoia de celos y demostró ser accesible a la terapia. La doctora Jeanne Lampl-de Groot [1927] ha comprobado con observaciones ciertas la tan increíble actividad fálica de la niña hacia la madre, y la doctora Helene Deutsch [1932] demostró que los actos de amor de mujeres homosexuales reproducen los vínculos madre-hijo.

No es mi propósito perseguir la ulterior conducta de la feminidad a través de la pubertad hasta llegar a la época de la madurez. Por lo demás, nuestras intelecciones resultarían insuficientes para ello. En lo que sigue reuniré algunos rasgos. Tomando como base la prehistoria, sólo destacaré aquí que el despliegue de la feminidad está expuesto a ser perturbado por los fenómenos residuales de la prehistoria masculina. Las regresiones a las fijaciones de aquellas fases preedípicas son muy frecuentes; en muchos ciclos de vida se llega a una repetida alternancia de épocas en que predomina la masculinidad o la feminidad. Una parte de lo que nosotros los varones llamamos el «enigma femenino» acaso derive de esa expresión de bisexualidad en la vida de la mujer. Ahora bien, en el curso de estas indagaciones parece haber madurado el veredicto sobre otra cuestión. Hemos llamado «libido» a la fuerza pulsional de la vida sexual. La vida sexual está gobernada por la polaridad masculino-femenino; esto nos sugiere considerar la relación de la libido con esa oposición. No sorprendería si a cada sexualidad se subordinara su libido particular, de suerte que una clase de libido persiguiera las metas de la vida sexual masculina y otra las de la femenina. Pero no hay nada semejante. Existe sólo una libido, que entra al servicio de la función sexual tanto masculina como femenina. No podemos atribuirle sexo alguno; si de acuerdo con la equiparación convencional entre actividad y masculinidad queremos llamarla masculina, no debemos olvidar que subroga también aspiraciones de metas pasivas. Comoquiera que sea, la expresión «libido femenina» carece de todo justificativo. Además, es nuestra impresión que se ha ejercido sobre la libido mayor compulsión cuando se presionó a entrar al servicio de la función femenina, y que para hablar teleológicamente la naturaleza puso menos cuidado en considerar las exigencias de esta última que en el caso de la masculinidad. Y acaso concebido otra vez en términos teleológicos esto tenga su fundamento en que el logro de la meta biológica es confiado a la agresión del varón y en alguna medida se lo ha vuelto independiente de la aquiescencia de la mujer.

La frigidez sexual de la mujer, cuya frecuencia parece confirmar esa postergación, es un fenómeno mal comprendido. Psicógena muchas veces, y entonces accesible a la terapia, sugiere en otros casos la hipótesis de un condicionamiento constitucional, y aun la contribución de un factor anatómico.

He prometido presentarles todavía algunas particularidades psíquicas de la feminidad madura, tal como las encontramos en la observación analítica. No reclamamos para estas aseveraciones más que un valor de verdad en el promedio; además, no siempre es fácil distinguir qué debe atribuirse al influjo de la función sexual y qué a la domesticación social. Adjudicamos a la feminidad, pues, un alto grado de narcisismo, que influye también sobre su elección de objeto, de suerte que para la mujer la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar. En la vanidad corporal de la mujer sigue participando el efecto de la envidia del pene, pues ella no puede menos que apreciar tanto más sus encantos como tardío resarcimiento por la originaria inferioridad sexual (ver nota(69)) La vergüenza,

considerada una cualidad femenina por excelencia, pero fruto de la convención en medida mucho mayor de lo que se creería, la atribuimos al propósito originario de ocultar el defecto de los genitales. No olvidamos que luego ha tomado sobre sí otras funciones. Se cree que las mujeres han brindado escasas contribuciones a los descubrimientos e inventos de la historia cultural, pero son tal vez las inventoras de una técnica: la del trenzado y tejido. Si así fuera, uno estaría tentado a colegir el motivo inconciente de ese logro. La naturaleza misma habría proporcionado el arquetipo para esa imitación haciendo crecer el vello pubiano con la madurez genital, el vello que encubre los genitales. El paso que aún restaba dar consistió en hacer que adhirieran unos a otros los hilos, que en el cuerpo pendían de la piel y sólo estaban enredados. Si ustedes rechazan esta ocurrencia por fantástica, y consideran que es una idea fija mía la del influjo de la falta del pene sobre la conformación de la feminidad, yo quedo, naturalmente, indefenso.

Las condiciones de la elección de objeto de la mujer se vuelven hartas veces irreconocibles por obra de las circunstancias sociales, Cuando puede mostrarse libremente, se produce a menudo siguiendo el ideal narcisista del varón que la niña había deseado devenir. Si ella ha permanecido dentro de la ligazón-padre -es decir, del complejo de Edipo-, elige según el tipo paterno. Puesto que en la vuelta desde la madre hacia el padre la hostilidad del vínculo ambivalente de sentimientos permaneció junto a la madre, tal elección debiera de asegurar un matrimonio dichoso. Pero muy a menudo interviene otro desenlace que en general amenaza esa tramitación del conflicto de ambivalencia. La hostilidad que se dejó atrás alcanza a la ligazón positiva y desborda sobre el nuevo objeto. El marido, que había heredado al padre, entra con el tiempo en posesión de la herencia materna. Entonces ocurre fácilmente que la segunda mitad de la vida de una mujer se llene con la lucha contra su marido, así como la primera, más breve, lo estuvo con la rebelión contra su madre. Tras desfogarse la reacción, es fácil que un segundo matrimonio se plasme de manera mucho más satisfactoria (ver nota(70)). Otra mudanza en el ser de la mujer, para la cual los amantes no están preparados, puede sobrevenir luego del nacimiento del primer hijo en el matrimonio. Bajo la impresión de la propia maternidad puede revivirse una identificación con la madre propia, identificación contra la cual la mujer se había rebelado hasta el matrimonio, y atraer hacia sí toda la libido disponible, de suerte que la compulsión de repetición reproduzca un matrimonio desdichado de los padres. Que el antiguo factor de la falta de pene no siempre ha perdido su fuerza se demuestra en la diversa reacción de la madre frente al nacimiento de un hijo según sea varón o mujer. Sólo la relación con el hijo varón brinda a la madre una satisfacción irrestricta; es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas (ver nota(71)). La madre puede transferir sobre el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad. El matrimonio mismo no está asegurado hasta que la mujer haya conseguido hacer de su marido también su hijo, y actuar *{aqieren}* la madre respecto de él.

La identificación-madre de la mujer permite discernir dos estratos: el preedípico, que consiste en la ligazón tierna con la madre y la toma por arquetipo, y el posterior, derivado del complejo de Edipo, que quiere eliminar a la madre y sustituirla junto al padre. De ambos estratos es mucho lo que queda pendiente para el futuro, y hasta hay derecho a decir que ninguno se supera en medida suficiente en el curso del desarrollo. Empero, la fase de la ligazón preedípica tierna es la decisiva para el futuro de la mujer; en ella se prepara la adquisición de aquellas cualidades con las que luego cumplirá su papel en la función sexual y costeará sus inapreciables rendimientos sociales. En esa identificación conquista también

su atracción sobre el varón, atizando hasta el enamoramiento la ligazón-madre edípica de él. Sin embargo, con harta frecuencia sólo el hijo varón recibe lo que el varón pretendía para sí. Uno tiene la impresión de que el amor del hombre y el de la mujer están separados por una diferencia de fase psicológica.

El hecho de que sea preciso atribuir a la mujer escaso sentido de la justicia tiene íntima relación con el predominio de la envidia en su vida anímica, pues el reclamo de justicia es un procesamiento de la envidia, indica la condición bajo la cual uno puede desistir de esta. También decimos acerca de las mujeres que sus intereses sociales son más endeble que los del varón, así como es menor su aptitud para la sublimación de lo pulsional. Lo primero deriva sin duda del carácter disocial que es rasgo inequívoco de todos los vínculos sexuales. Los amantes se bastan uno al otro y aun la familia es reacia a su inclusión en asociaciones más amplias (ver nota(72)). La aptitud para la sublimación está sujeta a las máximas variaciones individuales. En cambio, no puedo dejar de mencionar una impresión que se recibe una y otra vez en la actividad analítica. Un hombre que ronde la treintena nos aparece como un individuo joven, más bien inmaduro, del cual esperamos que aproveche abundantemente las posibilidades de desarrollo que le abre el análisis. Pero una mujer en la misma época de la vida nos aterra a menudo por su rigidez psíquica y su inmutabilidad. Su libido ha adoptado posiciones definitivas y parece incapaz de abandonarlas por otras. No se obtienen vías hacia un ulterior desarrollo; es como si todo el proceso estuviera concluido y no pudiera influirse más sobre él desde entonces; más aún: es como si el difícil desarrollo hacia la feminidad hubiera agotado las posibilidades de la persona. Como terapeutas lamentamos ese estado de cosas, aunque consigamos poner término al sufrimiento mediante la tramitación del conflicto neurótico.

Eso es todo lo que tenía para decirles acerca de la feminidad. Es por cierto incompleto y fragmentario, y no siempre suena grato. Pero no olviden que hemos descrito a la mujer sólo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual. Este influjo es sin duda muy vasto, pero no perdemos de vista que la mujer individual ha de ser además un ser humano. Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieran a sus propias experiencias de vida, o diríjanse a los poetas, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada.

Notas finales

1 (Ventana-emergente - Popup)

[La mayor parte del contenido de esta conferencia se tomó de los capítulos I, II, III y V de *El yo y el ello* (1923b), con algunos agregados.]

2 (Ventana-emergente - Popup)

[En la terminología moderna se hablaría probablemente de «depresión».]

3 (Ventana-emergente - Popup)

{Kant, *Crítica de la razón práctica*, «Conclusión», primer párrafo.}

4 (Ventana-emergente - Popup)

[Esta cuestión había sido considerada en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, pág. 122, y con más detalle en los capítulos VII y VIII de *El malestar en la cultura* (1930a).]

5 (Ventana-emergente - Popup)

[En verdad, sólo hay una breve alusión a esto en la 26ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, 16, pág. 388. La identificación se trató en el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c), *AE*, 18, págs. 99 y sigs., y la formación del superyó, en el capítulo III de *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, págs. 30 y sigs.]

6 (Ventana-emergente - Popup)

[Freud examinó esto en «El problema económico del masoquismo» (1924c), *AE*, 19, pág. 173; digamos de paso que allí nos ocupamos, en una nota al pie, de su uso del término «imago».]

7 (Ventana-emergente - Popup)

[Este pasaje es algo oscuro, sobre todo respecto de la frase «*der Träger des Ichideals*» {«el portador del ideal del yo»}. Al introducir el concepto de «ideal del yo» en su trabajo sobre el narcisismo (1914c), Freud lo distinguió de «una instancia psíquica particular cuyo cometido fuese velar por el aseguramiento de la satisfacción narcisista proveniente del ideal del yo, y que con ese propósito observase de manera continua al yo actual midiéndolo con el ideal» (*AE*, 14, pág. 92). Análogamente, en la 26ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 16, pág. 390, dice que el sujeto «siente en el interior de su yo el reinado de una instancia que mide su yo actual y cada una de sus actividades con un yo ideal, que él mismo se ha creado en el curso de su desarrollo». En algunos escritos de Freud posteriores a esas conferencias no es tan nítido este distinguo entre el ideal y la instancia que lo pone en práctica. Tal vez aquí quiso restablecerlo identificando dicha instancia con el superyó. Consideraciones similares plantea el uso de «*Idealfunktion*» {«función de ideal»} tres párrafos más adelante. Este punto es tratado en mi «Introducción» a *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, pág. 10.]

8 (Ventana-emergente - Popup)

[Las opiniones de esta escuela se discuten en la 34ª conferencia, *AE*, 22, págs. 130 y sigs.]

9 (Ventana-emergente - Popup)

[Véase una nota al pie agregada por Freud a su artículo sobre la diferencia anatómica entre los sexos (1925j), *AE*, 19, pág. 272.]

10 (Ventana-emergente - Popup)

[Emil Ludwig en su libro sobre Guillermo II, publicado en 1926.]

11 (Ventana-emergente - Popup)

[*Psicología de las masas* (1921c), *AE*, 18, págs. 109-10.]

12 (Ventana-emergente - Popup)

[Cf. la 4ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 15, pág. 57.]

13 (Ventana-emergente - Popup)

[Un médico alemán cuyas ideas anticonvencionales suscitaron gran interés en Freud.]

14 (Ventana-emergente - Popup)

[En mi «Introducción» a *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, págs. 4-11, reseño la evolución de las ideas de Freud al respecto. Cabe destacar que, con posterioridad a esa obra, sólo utilizó la abreviatura «Icc» aquí y en una única ocasión más, en *Moisés y la religión monoteísta* (1939a), *AE*, 23, pág. 92.]

15 (Ventana-emergente - Popup)

[Señalemos que aproximadamente un año antes de escribir esto, Freud había estado colaborando con W. C.

Bullitt, a la sazón embajador norteamericano en Berlín, en el borrador de un estudio psicológico sobre el presidente Wilson, acerca de cuyo discernimiento político Freud tenía opiniones sumamente críticas, Bullitt publicó (en inglés) un estudio sobre Wilson en 1966, reconociendo a Freud como coautor. Pero aunque la influencia de las ideas de este es bien clara en dicha obra, no parece haber en ella nada efectivamente escrito por Freud, salvo la «Introducción» (Freud, 1966b), cuyo manuscrito alemán se ha conservado y cuya traducción al inglés, tal como aparece en el libro, fue hecha presumiblemente por el propio Bullitt.]

16 (Ventana-emergente - Popup)

[Freud considera aquí a las pulsiones como algo físico que tendría su representación psíquica en los procesos mentales. Se hallará un amplio examen de esta cuestión en mi «Nota introductoria» a «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915c), *AE*, 14, págs. 107 y sigs.]

17 (Ventana-emergente - Popup)

[Alude, por supuesto, a Kant. Cf. *Más allá del principio de placer* (1920g), *AE*, 18, pág. 28.]

18 (Ventana-emergente - Popup)

[En la sección V de «Lo inconciente» (1915e), *AE*, 14, pág. 184, n. 4, se da una nómina completa de las muy frecuentes referencias de Freud a este punto, que se remontan a sus primeros escritos.]

19 (Ventana-emergente - Popup)

[En muchos pasajes de sus obras menciona Freud esta diferencia. Véase, en especial, «Lo inconciente» (1915e), *AE*, 14, pág. 185, y *Más allá del principio de placer* (1920g), *AE*, 18, págs. 26-7. En esos dos lugares atribuye la distinción a Breuer, teniendo presente, al parecer, una nota al pie de la contribución teórica de este último a *Estudios sobre la histeria* (1895d), *AE*, 2, págs. 205-6. En «Lo inconciente» (*loc. cit.*) afirma que «este distingo sigue siendo hasta hoy nuestra intelección más profunda en la esencia de la energía nerviosa». Cf. también *AE*, 22, pág. 83n.]

20 (Ventana-emergente - Popup)

[Esta descripción del ello se asa, en lo fundamental, en la sección V de «Lo inconciente» (1915e).]

21 (Ventana-emergente - Popup)

[Cierta indicación sobre lo que Freud quiso decir aquí se halla en su «Nota sobre la "pizarra mágica"» (1925a), *AE*, 19, pág. 247.]

22 (Ventana-emergente - Popup)

[En verdad, Freud no se vuelve a ocupar del tema, aparentemente, en las presentes conferencias. - Esta característica del yo había sido estudiada en detalle en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, págs. 93-6. La tendencia del yo a la síntesis es especialmente destacada en los escritos de la última época de Freud (entre otros, en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926e), *AE*, 20, pág. 184), pero el concepto estaba implícito en el modelo del yo que trazó en los primeros tiempos. Así, por ejemplo, desde el período de Breuer designó casi siempre como «representaciones inconciliables» a aquellas que no pueden ser sintetizadas por el yo. Esta expresión ya figura en el primer trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1894a), *AE*, 3, pág. 53, n. 18.]

23 (Ventana-emergente - Popup)

[Si se compara este diagrama con el que aparece en *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, pág. 26, se apreciará como principal diferencia que en ese gráfico anterior no figuraba el superyó. Esta ausencia es justificada en un pasaje posterior de la misma obra (*AE*, 19, pág. 38). En la primera edición de estas conferencias, así como en *El yo y el ello*, el diagrama se presentaba, como aquí, en forma vertical. Por alguna razón (tal vez para ahorrar espacio), tanto en las *Gesammelte Werke* como en *los Gesammelte Schriften* apareció apaisado, sin ninguna otra modificación.]

24 (Ventana-emergente - Popup)

[Algo semejante se sostiene en el último capítulo de *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, págs. 56-7.]

25 (Ventana-emergente - Popup)

[Esto se describe con más claridad en la 25ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, 16, págs. 360-1.]

26 (Ventana-emergente - Popup)

[Tesis formulada por primera vez, en términos muy similares, en *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, pág. 57, y analizada en varios pasajes de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, págs. 132, 151, etc. De esta última obra procede la mayor parte de lo que a continuación se dice sobre la angustia.]

27 (Ventana-emergente - Popup)

[En mi «Introducción» a *Inhibición, síntoma y angustia*, menciono unas cuantas referencias anteriores de Freud a este concepto; entre otros lugares, aparece en la 25ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 16, págs. 359 y 369.]

28 (Ventana-emergente - Popup)

[Cf. el capítulo IV de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, págs. 103-4, donde se examinan los casos del pequeño Hans y del «Hombre de los Lobos»]

29 (Ventana-emergente - Popup)

[Cf. *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, pág. 135.]

30 (Ventana-emergente - Popup)

[Cf. *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, pág. 131.]

31 (Ventana-emergente - Popup)

[Freud la había dado a publicidad en una nota agregada a la segunda edición (1909) de *La interpretación de los sueños* (1900a), *AE* 5, pág. 403, pero hay motivos para pensar que ya era conocida desde bastante tiempo atrás por sus partidarios en Viena. Véase al respecto mi nota al pie en la 25ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 16, págs. 361-2, n. 9. Sus críticas a la teoría del trauma del nacimiento, de Rank, aparecen principalmente en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, págs. 128-9 y 141-3.]

32 (Ventana-emergente - Popup)

[Ya en la conferencia previa se había mencionado este aplazamiento del trabajo de pensamiento como una de las funciones principales del yo. La concepción del pensamiento como una especie de acción experimental en pequeña escala -un elemento esencial del «examen de realidad»- se cuenta entre las más antiguas y fundamentales teorías de Freud, y está íntimamente vinculada a su distinción entre los procesos psíquicos primario y secundario. Aparece por primera vez en el «Proyecto de psicología» de 1895 (1950a), *AE*, 1, págs. 373 y sigs., y 424 y sigs. En esa oportunidad el examen es ostensiblemente neurológico, pero se lo retorna en términos de psicología pura en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900a), *AE*, 5, págs. 588-9. Vuelve a hallárselo en el libro sobre el chiste (1905c), *AE*, 8, pág. 183, en «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911b), *AE*, 12, pág. 226, en «Lo inconciente» (1915e), *AE*, 14, págs. 185-6, en *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, págs. 55-6, y en «La negación» (1925h), *AE*, 19, pág. 256. Finalmente, aparece en el capítulo VIII del *Esquema del psicoanálisis* (1940a), la última obra importante de Freud.]

33 (Ventana-emergente - Popup)

[La idea de una alteración del yo como resultado de una conrainvestidura ya se encuentra en algunos de los primeros escritos de Freud; por ejemplo, en su segundo trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1896b), *AE*, 3, pág. 184. Más recientemente, la había tratado en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, págs. 147-148, y volvería a examinarla en «Análisis terminable e interminable» (1937c), *AE*, 23, págs. 223 y 237-42.]

34 (Ventana-emergente - Popup)

[El concepto de «procesamiento» como método normal de tramitar los sucesos psíquicos desagradables es de antigua data en Freud. Así, en su conferencia «Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos» (1893h), *AE*, 3, pág. 38, decía: «El mecanismo psíquico sano tiene por cierto otros medios para tramitar el afecto de un trauma psíquico [...]: el procesamiento asociativo ... ».]

35 (Ventana-emergente - Popup)

[La primera parte de este párrafo se basa en consideraciones efectuadas en *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, págs. 30 y sigs.; la segunda, en las efectuadas en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, págs. 147-8. Doy otras referencias a pasajes en que Freud se ocupó del carácter en una nota al pie de «Carácter y erotismo anal» (1908b), *AE*, 9, pág. 158, n. 12.]

36 (Ventana-emergente - Popup)

[Cf. «La represión» (1915d), *AE*, 14, págs. 146 y sigs., y la 25ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 16, págs. 367-8.]

37 (Ventana-emergente - Popup)

[Cf. «El sepultamiento del complejo de Edipo» (1924d), *AE*, 19, pág. 185.]

38 (Ventana-emergente - Popup)

[Esta expresión, en la que resuena la influencia de Charcot, se remonta a los primeros trabajos de Freud sobre la histeria; véase, por ejemplo, «Las neuropsicosis de defensa» (1894a), *AE*, 3, pág. 51.]

39 (Ventana-emergente - Popup)

[En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, pág. 133, Freud todavía sostenía, siquiera como posibilidad, que en la neurosis de angustia lo que encuentra descarga en el desarrollo de angustia es, precisamente, el excedente de libido no aplicada. Con la presente formulación se abandonan los últimos vestigios de la antigua teoría.]

40 (Ventana-emergente - Popup)

[Este párrafo reproduce en gran medida lo dicho en «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915c), *AE*, 14, págs. 114-20.]

41 (Ventana-emergente - Popup)

[Freud se había ocupado con algún detenimiento de esta expresión en la 21ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 16, págs. 295-6; el contenido de esa conferencia coincide en gran medida con la primera parte de este párrafo.]

42 (Ventana-emergente - Popup)

[Hay un prolongado examen del placer previo en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), *AE*, 7, págs. 192-3; se hallarán otras referencias en una nota al pie agregada por mí en el libro sobre el chiste (1905c), *AE*, 8, pág. 131, obra en la cual se toca el tema en varias oportunidades.]

43 (Ventana-emergente - Popup)

[Cf. «La organización genital infantil» (1923e).]

44 (Ventana-emergente - Popup)

[O sea, los momentos del desarrollo libidinal en que una fijación establece una predisposición a una neurosis determinada; cf. «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913i). La frase «lugar de predisposición» aparece en el análisis de Schreber (1911c), *AE*, 12, pág. 57.]

45 (Ventana-emergente - Popup)

[En la 22ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17).]

46 (Ventana-emergente - Popup)

[Probablemente esta sea una nueva referencia al importante trabajo de Abraham publicado en 1924.]

47 (Ventana-emergente - Popup)

[Véase el ensayo anterior de Freud «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908c), *AE*, 9, págs. 195-6.]

48 (Ventana-emergente - Popup)

[Freud hizo una síntesis del artículo de Lou Andreas-Salomé en una nota agregada en 1920 al segundo de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), *AE*, 7, pág. 170.]

49 (Ventana-emergente - Popup)

[Este ejemplo fue incorporado en 1919 a *La interpretación de los sueños* (1900a), *AE*, 5, pág. 360.]

50 (Ventana-emergente - Popup)

[Los dos últimos párrafos derivan en su mayoría de «Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal» (1917c), aunque aquí se añaden algunos elementos. Freud ya había aludido a este tema en la 20ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 16, págs. 287-8.]

51 (Ventana-emergente - Popup)

[En realidad, estos vínculos fueron señalados en un trabajo muy anterior, «Carácter y erotismo anal» (1908b).]

52 (Ventana-emergente - Popup)

[A este tema dedicó Freud su trabajo «Sobre la conquista del fuego» (1932a), *AE*, 22, págs. 169 y sigs.; en mi «Nota introductoria» respectiva se hallará una lista de otras remisiones.]

53 (Ventana-emergente - Popup)

[Véase, empero, lo afirmado *AE*, 22, pág. 72: «Las investiduras de objeto parten de las exigencias pulsionales del ello»; cf. también *AE*, 22, pág. 97, la referencia a la combinación de yo y ello en lo tocante a la pulsión de destrucción. Este asunto se examina con detalle en mi «Apéndice B» a *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, págs. 63 y sigs.]

54 (Ventana-emergente - Popup)

[Cf. sobre esto la 20ª y la 21ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 16, esp. págs, 293-5.]

55 (Ventana-emergente - Popup)

[Cf. el capítulo IV de *El yo y el ello* (1923b).]

56 (Ventana-emergente - Popup)

[Este análisis de la compulsión de repetición y de la pulsión de muerte proviene casi enteramente de *Más allá del principio de placer* (1920g). Un examen más completo del masoquismo se hallará en «El problema económico del masoquismo» (1924c).]

57 (Ventana-emergente - Popup)

[Véase la larga nota al pie incluida en el capítulo V de *El yo y el ello* (1923h), *AE*, 19, pág. 51.]

58 (Ventana-emergente - Popup)

[Los principales lugares en que Freud se ocupa del sentimiento de culpa son el capítulo V de *El yo y el ello* (1923b), «El problema económico del masoquismo» (1924c) y los capítulos VII y VIII de *El malestar en la cultura* (1930a).]

59 (Ventana-emergente - Popup)

[Las pulsiones de agresión y destrucción habían sido tratadas con amplitud poco tiempo atrás en *El malestar en la cultura* (1930a), especialmente en los capítulos V y VI; en mi «Introducción» a dicha obra (*AE*, 21, págs. 61-3) hago una reseña de la evolución de las ideas de Freud al respecto.]

60 (Ventana-emergente - Popup)

[Esta conferencia se basa esencialmente en dos trabajos previos de Freud: «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos» (1925j) y «Sobre la sexualidad femenina» (1931b), aunque la última parte, que versa sobre la vida adulta de la mujer, incluye material nuevo. Freud volvió a ocuparse del tema en el capítulo VII de su *Esquema del psicoanálisis* (1940a).]

61 (Ventana-emergente - Popup)

Heine, *Nordsee* [segundo ciclo, VII, «Fragen»].

62 (Ventana-emergente - Popup)

[Freud se ocupó de la bisexualidad en la primera edición de sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), *AE*, 7, págs. 128-31; una nota al pie de ese pasaje incluye agregados hechos en ediciones posteriores del libro.]

63 (Ventana-emergente - Popup)

[Esta expresión de Silberer es empleada en la 20ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, 16, pág. 278.]

64 (Ventana-emergente - Popup)

[La dificultad de encontrar un significado psicológico para lo «masculino» y lo «femenino» fue examinada por Freud en una larga nota que agregó en 1915 a los Tres ensayos (1905d), *AE*, 7, págs. 200-1, y nuevamente al comienzo de otra nota, más larga aún, de *El malestar en la cultura* (1930a), *AE*, 21, pág. 103.]

65 (Ventana-emergente - Popup)

[Cf. la 21ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 16, págs, 299-300.]

66 (Ventana-emergente - Popup)

[En sus antiguas consideraciones sobre la etiología de la histeria, Freud había mencionado a menudo la seducción por parte de personas adultas como una de sus causas más comunes; véase, por ejemplo, el segundo trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1896b), *AE*, 3, pág. 165, y «La etiología de la histeria» (1896c), *AE*, 3, págs, 206-7. Sin embargo, en ninguna de esas tempranas publicaciones inculpó específicamente al padre de la niña. Más aún, en unas notas escritas en 1924 destinadas a la reedición de los *Estudios sobre la histeria* (1895d) en los *Gesammelte Schriften*, admitió haber suprimido en dos pasajes la adjudicación de la responsabilidad al padre (cf. *AE*, 2, págs. 149, n 5 y 183, n, 14). Lo puso bien en claro ya en la carta a Fliess del 21 de setiembre de 1897 (Freud, 1950a, Carta 69), *AE*, 1, pág. 301, donde expresó por vez primera su descrédito de las historias que le narraban sus pacientes. Admitió públicamente su error varios años más tarde, en los *Tres ensayos* (1905d), *AE*, 7, pág. 173; a esto habría de seguirle una reseña mucho más completa de su postura en «Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis» (1906a), *AE*, 7, págs. 265-7. Posteriormente hizo referencia en dos oportunidades a los efectos que sobre él tuvo el descubrimiento de este error: en «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914d), *AE*, 14, pág. 17, y en la *Presentación autobiográfica*

(1925d), *AE*, 20, págs. 32-3. El ulterior hallazgo descrito en el presente párrafo ya había sido mencionado en «Sobre la sexualidad femenina» (1931b), *AE*, 21, pág. 239.]

67 (Ventana-emergente - Popup)

[Cf. la 22ª y la 23ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 16, págs. 316, 329-30 y 332.]

68 (Ventana-emergente - Popup)

[El examen más completo de este tema por parte de Freud se encuentra en sus «Contribuciones para un debate sobre el onanismo» (1912f), *AE*, 12, págs. 247 y sigs., donde damos otras remisiones.]

69 (Ventana-emergente - Popup)

[Cf. «Introducción del narcisismo» (1914c), *AE*, 14, pág. 85.]

70 (Ventana-emergente - Popup)

[Freud ya lo había señalado en «El tabú de la virginidad» (1918a), *AE*, 11, pág. 201.]

71 (Ventana-emergente - Popup)

[Esto fue sostenido por primera vez en la 13ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 15, pág. 188, y repetido en una nota al pie de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c), *AE*, 18, pág. 96, y en *El malestar en la cultura* (1930a), *AE*, 21, pág. 110. Que puede haber excepciones lo demuestra el ejemplo citado *AE*, 22, págs. 61-2.]

72 (Ventana-emergente - Popup)

[Véanse las consideraciones que se hacen al respecto en *Psicología de las masas* (1921c), *AE*, 18, pág. 133.]